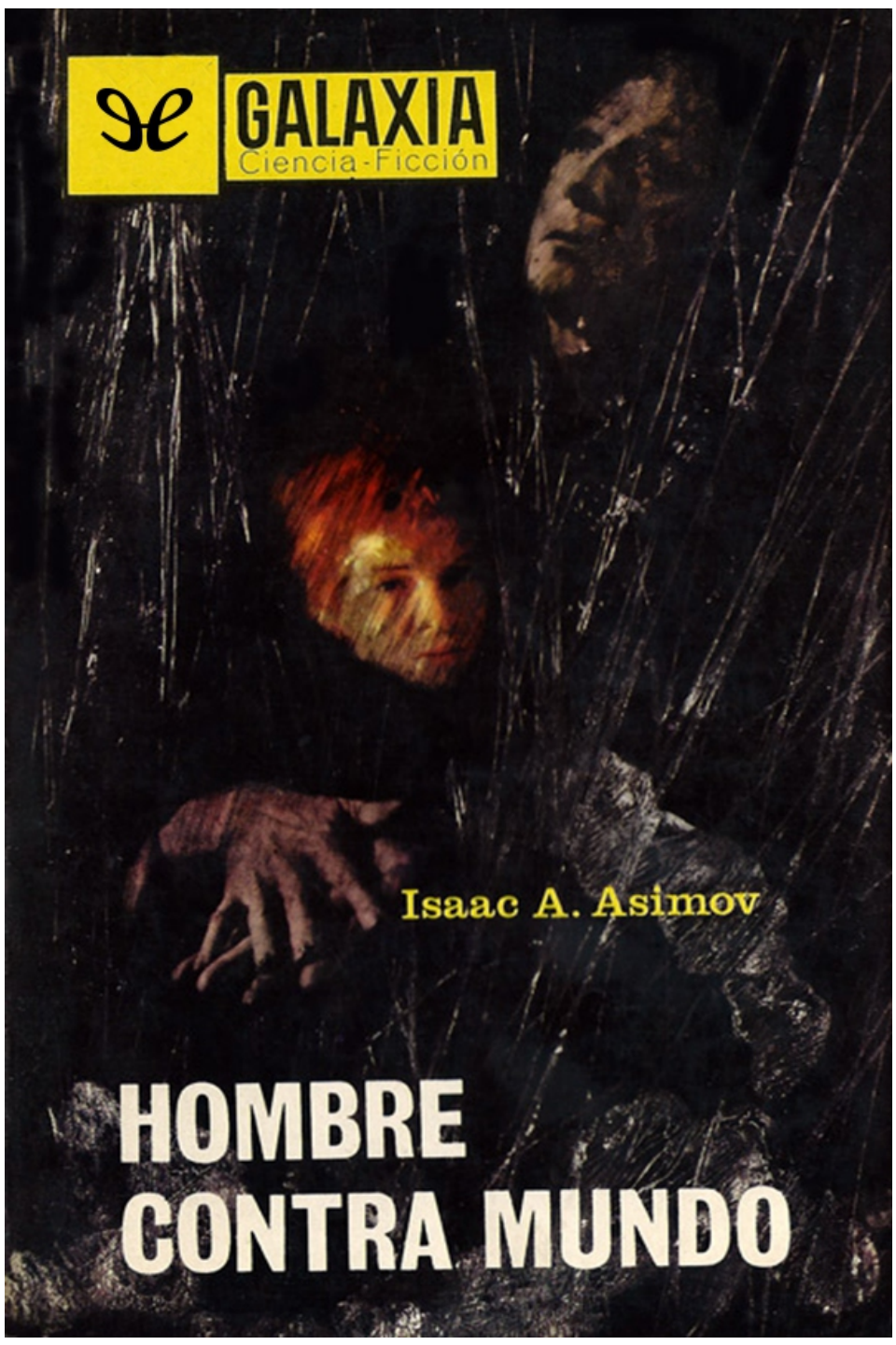




se

GALAXIA
Ciencia-Ficción

Isaac A. Asimov

HOMBRE CONTRA MUNDO

Historias en este libro:

Hombre contra mundo - Isaac Asimov

Amor perdido - Paul Janvier

No era Sicigia - Theodore Sturgeon

El sexo opuesto - Theodore Sturgeon

Un platillo de soledad - Theodore Sturgeon



AA. VV. & Isaac Asimov & Paul Janvier & Theodore
Sturgeon

Hombre contra mundo

Galaxia - 23

ePub r1.0

Titivillus 31.05.16

AA. VV. & Isaac Asimov & Paul Janvier & Theodore Sturgeon, 1964

Traducción: Fernando M. Sesén

Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



HOMBRE CONTRA MUNDO

Isaac Asimov

Elvis Blei se restregó sus regordetas manos y dijo:

—Autonomía es la palabra.

Sonrió intranquilo mientras le daba fuego al terrícola Steven Lamorak. Había turbación en todo ese rostro liso y de ojos pequeños y separados.

Lamorak soltó una bocanada de humo y cruzó sus largas y delgadas piernas. Tenía el cabello entrecano y la mandíbula grande y enérgica.

—¿De cosecha propia? —preguntó, mirando críticamente el cigarrillo.

Trató de ocultar su propia inquietud ante la tensión del otro.

—En efecto —asintió Blei.

—Me asombra que en este mundo tan pequeño haya espacio para tales lujos.

(Lamorak recordó su primera vista de Elsevere desde la pantalla de su nave. Se trataba de un asteroide sin aire, de terreno escabroso y con unos cuantos cientos de kilómetros de diámetro; tan sólo una roca de un color gris sucio, tosca y que devolvía débil y opaca la luz de su sol, distante a más de trescientos millones de kilómetros. Era el único objeto de más de un kilómetro de diámetro que giraba en torno a ese sol, y algunos hombres se habían instalado en ese mundo en miniatura y habían formado una sociedad. Y él, como sociólogo, iba a estudiar ese mundo para ver cómo se adaptaba la naturaleza humana a un lugar tan extrañamente diferenciado).

La amable sonrisa estática de Blei se ensanchó apenas.

—No es un mundo pequeño, doctor Lamorak; usted nos juzga por pautas bidimensionales. La superficie de Elsevere equivale a

sólo las tres cuartas partes de la superficie del Estado de Nueva York, pero eso es irrelevante. Recuerde que si quisiéramos podríamos ocupar todo el interior de Elsevere. Una esfera de ochenta kilómetros de diámetro tiene un volumen de más de un millón de kilómetros cúbicos. Si todo Elsevere estuviera ocupado en niveles con, pongamos, quince metros de separación entre uno y otro, la superficie total en el interior del asteroide sumaría casi noventa millones de kilómetros cuadrados, y eso equivale a la superficie terrestre total exterior de la Tierra. Y ninguno de esos kilómetros cuadrados, doctor, sería improductivo.

—¡Santo Dios! —exclamó Lamorak y, por un momento, se quedó desconectado—. Sí, desde luego, tiene usted razón. Es raro que nunca lo haya pensado de ese modo. Pero Elsevere es el único asteroide completamente aprovechado en toda la galaxia. Los demás no podemos dejar de pensar en superficies bidimensionales, como usted ha señalado. Bien, me alegra sobremanera que su Consejo haya tenido la amabilidad de darme vía libre para llevar a cabo mi investigación.

Blei asintió con enérgicos movimientos de cabeza.

Lamorak frunció el ceño. Algo anda mal, pues actúa como si lamentara que yo hubiese venido, pensó.

—Como es lógico, verá usted que actualmente somos mucho más pequeños de lo que podríamos ser —dijo Blei—. Sólo hemos agujereado y ocupado pequeñas partes de Elsevere. Y tampoco es que estemos demasiado ansiosos por expandirnos, excepto con mucha lentitud. En cierta medida nos vemos limitados por la capacidad de nuestros motores de pseudogravedad y por los convertidores de energía solar.

—Entiendo. Pero dígame, consejero Blei; por razones de curiosidad personal, y no porque sea de primordial importancia para mi proyecto, ¿podría ver primero alguno de los niveles de agricultura y pastoreo? Me fascina la idea de ver trigales y ganado en el interior de un asteroide.

—El ganado le parecerá pequeño para lo que está usted acostumbrado, doctor, y no tenemos mucho trigo. Cultivamos mucha levadura. Pero también habrá algo de trigo para mostrarle. Y algodón y tabaco. Incluso árboles frutales.

—Maravilloso. Como usted dice, autonomía. Ustedes reciclan

todo, me imagino.

Lamorak notó que esta observación incomodaba a Blei. El elseveriano entrecerró los ojos para ocultar su expresión.

—Debemos reciclar, sí. Aire, agua, alimentos, minerales; todo lo que se consume debe devolverse a su estado original; los productos de desecho los reconvertimos en materia prima. Sólo se necesita energía, y tenemos de sobra. No alcanzamos un ciento por ciento de eficiencia, desde luego, y se produce un cierto desperdicio. Importamos anualmente una pequeña cantidad de agua y, si crecen nuestras necesidades, quizá tengamos que importar carbón y oxígeno.

—¿Cuándo iniciaremos nuestra excursión, consejero Blei?

La sonrisa de Blei perdió parte de su escasa calidez.

—En cuanto podamos, doctor. Primero debemos arreglar ciertos asuntos de rutina.

Lamorak asintió con la cabeza, terminó el cigarrillo y lo apagó.

¿Asuntos de rutina? No hubo tanta indecisión durante la correspondencia preliminar. Elsevere más bien parecía orgulloso que su singular existencia hubiese llamado la atención de la galaxia.

—Comprendo que yo sería una influencia perturbadora en esta sociedad estrechamente entrelazada —comentó y vio con desagrado que Blei no dejaba escapar esa explicación y la hacía suya.

—Sí, nos sentimos diferentes al resto de la galaxia. Tenemos nuestras propias costumbres. Cada individuo elseveriano encaja en un lugar adecuado. La presencia de un forastero sin casta fija resulta inquietante.

—El sistema de castas supone una falta de flexibilidad.

—En efecto —concedió Blei—, pero también otorga cierta seguridad. Contamos con firmes reglas matrimoniales y una estricta herencia de empleo. Cada hombre, mujer y niño conoce su lugar, lo acepta y es aceptado en él; prácticamente no tenemos neurosis ni enfermedades mentales.

—¿Y no hay inadaptados?

Blei movió los labios como para decir que no, pero los cerró, guardó silencio y arrugó la frente. Por fin dijo:

—Organizaré la visita, doctor. Entre tanto, supongo que deseará refrescarse y dormir.

Se levantaron juntos y abandonaron la habitación. Blei le cedió

cortésmente el paso al terrícola.

Lamorak se sintió oprimido por la vaga sensación de crisis que había impregnado su conversación con Blei.

El periódico reforzó esa sensación. Lo leyó atentamente antes de acostarse, en un principio por simple interés analítico. Era un tabloide con ocho páginas de papel sintético. Una cuarta parte del contenido consistía en asuntos «personales»: nacimientos, bodas, defunciones, récords de producción, volumen (¡no dos dimensiones, sino tres!) habitable en expansión. El resto incluía ensayos eruditos, material educativo y ficción. No había prácticamente ninguna noticia en el sentido en que Lamorak entendía la palabra.

Sólo una nota se podía considerar noticia, y era estremecedora en su brevedad.

Bajo el titular, escrito en caracteres pequeños, de «Las exigencias no han cambiado» se leía: «No hubo cambios en su actitud de ayer. El consejero jefe, tras una segunda entrevista, anunció que sus exigencias siguen siendo totalmente irracionales y no se pueden satisfacer bajo ningún concepto».

Luego, entre paréntesis y con otra tipografía, seguía la frase: «Los editores de este periódico están de acuerdo en que Elsevere no puede ni debe bailar a su son; pase lo que pase».

Lamorak lo releyó tres veces. «Su» actitud. «Sus» exigencias. «Su» son. ¿De quién?

Esa noche durmió intranquilo.

No hubo tiempo para leer periódicos en los días siguientes, pero el asunto no dejó de obsesionarlo.

Blei, que continuaba siendo su guía y compañero durante la mayor parte del recorrido, parecía cada vez más reservado.

El tercer día (que seguía artificialmente el esquema de veinticuatro horas de la Tierra), Blei se detuvo en un sitio y dijo:

—Este nivel está consagrado totalmente a las industrias químicas. Esa sección no es importante...

Pero se desvió con demasiada prisa y Lamorak lo agarró del brazo.

—¿Cuáles son los productos de esa sección?

—Fertilizantes. Sustancias orgánicas —contestó secamente Blei.

Lamorak lo retuvo, buscando aquello que Blei parecía eludir. Recorrió con la vista los más cercanos horizontes, las líneas de rocas y los edificios apiñados entre los niveles.

—¿No es aquello una residencia privada? —Blei no miró hacia donde le señalaba—. Creo que es la mayor que he visto. ¿Por qué está aquí, en un nivel de fábricas? —Eso bastaba para destacarla. Ya había observado que los niveles de Elsevere estaban divididos estrictamente en residenciales, agrícolas e industriales—. ¡Consejero Blei!

El consejero se alejaba y Lamorak corrió tras él.

—¿Hay algún problema?

—Sé que soy descortés —masculló Blei—. Lo lamento. Tengo ciertas preocupaciones...

Apuró el paso.

—¿Referentes a sus exigencias?

Blei se paró en seco.

—¿Qué sabe usted de eso?

—No más de lo que he dicho. Es lo que leí en el periódico.

Blei farfulló algo.

—¿Ragusnik? —repitió Lamorak—. ¿Qué es eso?

Blei suspiró profundamente.

—Supongo que debería contárselo. Es humillante, profundamente embarazoso. El Consejo pensó que el asunto se arreglaría pronto y no interferiría en la visita de usted, de modo que no era preciso que usted supiese nada. Pero ya ha pasado casi una semana. No sé qué sucederá y, a pesar de las apariencias, sería mejor que usted se marchara. No hay razones para que un forastero se arriesgue a morir.

El terrícola sonrió, incrédulo.

—¿Morir? ¿En este pequeño mundo, tan apacible y laborioso? No puedo creerlo.

—Se lo explicaré. Creo que será mejor que lo haga. —Miró hacia otra parte—. Como ya le dije, en Elsevere todo se debe reciclar. Supongo que lo entiende.

—Sí.

—Eso incluye los... excrementos humanos.

—Ya lo suponía.

—Se les extrae el agua mediante destilación y absorción. Lo que

queda lo convertimos en fertilizantes para levadura; una parte se usa como fuente de sustancias orgánicas y otros subproductos. Estas fábricas que usted ve se dedican a ese propósito.

—¿Y bien?

Lamorak había tenido cierta dificultad para beber el agua de Elsevere al principio, porque era tan realista como para deducir su origen; pero logró superar esa sensación. Incluso en la Tierra, el agua se saneaba por procesos naturales a partir de toda clase de sustancias desagradables al paladar.

Blei continuó, con creciente dificultad:

—Igor Ragusnik es el encargado de los procesos industriales relacionados con los desechos. Ese puesto le ha pertenecido a su familia desde la colonización de Elsevere. Uno de los colonos originales fue Mikhail Ragusnik y él..., él...

—Se encargaba del saneamiento de los desechos.

—Sí. Ese edificio que usted señaló es la residencia de Ragusnik. Es la mejor y más modernizada de todo el asteroide. Ragusnik consigue muchos privilegios que los demás no tenemos; pero, a fin de cuentas... —La voz del consejero cobró una repentina intensidad—: No podemos hablar con él.

—¿Qué?

—Exige plena igualdad social. Pretende que sus hijos se mezclen con los nuestros y que nuestras esposas visiten... ¡Oh!

Fue todo un gemido de absoluta repulsión.

Lamorak pensó en la nota del periódico, que ni siquiera mencionaba el nombre de Ragusnik ni decía nada específico sobre sus exigencias.

—Supongo que es un paria a causa de su trabajo.

—Naturalmente. Desechos humanos y... —Blei no hallaba las palabras. Tras una pausa dijo en un tono de voz más bajo—: Me imagino que usted, como terrícola, no lo entiende.

—Como sociólogo creo que sí. —Pensó en los intocables de la antigua India, aquellos que manipulaban los cadáveres. Pensó en la situación de los porquerizos en la nueva Judea—. Supongo que Elsevere no cederá ante esas exigencias.

—Nunca —dijo Blei enérgicamente—. Jamás.

—¿Entonces?

—Ragusnik ha amenazado con interrumpir su actividad.

—En otras palabras, hacer huelga.

—Sí.

—¿Eso sería grave?

—Tenemos comida y agua suficientes para un tiempo; el saneamiento no es esencial en ese sentido. Pero se acumularían los desechos, contaminarían todo el asteroide. Después de varias generaciones de cuidadoso control de las enfermedades, tenemos poca resistencia natural a los gérmenes. Si estalla una epidemia, lo cual será inevitable, caeremos a centenares.

—¿Ragusnik lo sabe?

—Sí, por supuesto.

—¿Cree usted que, de todos modos, cumplirá su amenaza?

—Está loco. Ya ha dejado de trabajar; no ha habido saneamiento de desechos desde el día anterior a la llegada de usted.

La prominente nariz de Blei tembló como si captara tufo de excrementos en el aire. En un acto reflejo, Lamorak olfateó a su vez, pero no olió nada.

—Como ve usted, será mejor que se vaya, por mucho que nos humille tener que sugerírselo.

—Espere, todavía no. ¡Santo Dios, esto me interesa mucho profesionalmente! ¿Puedo hablar con Ragusnik?

—De ningún modo —rechazó Blei, alarmado.

—Pero me gustaría comprender la situación. Aquí las condiciones sociológicas son únicas y no se dan en ninguna otra parte. En nombre de la ciencia...

—¿Cómo quiere hablar? ¿Bastaría con recepción de imagen?

—Sí.

—Lo consultaré con el Consejo —murmuró Blei.

Rodeaban a Lamorak con inquietud, y la ansiedad les enturbiaba la expresión austera y majestuosa. Blei, sentado entre ellos, eludía deliberadamente la mirada del terrícola.

El jefe del Consejo, canoso, de rostro arrugado y cuello flaco, murmuró:

—Si usted, por propia convicción, logra persuadirlo, se lo agradeceremos. Pero de ningún modo debe insinuar que nosotros cederemos.

Una cortina como de seda cayó entre el Consejo y Lamorak. Todavía podía distinguir a los consejeros individualmente, pero se volvió de pronto hacia el receptor, que se encendió como un parpadeo.

Apareció una cabeza, en colores naturales y con gran realismo; una cabeza fuerte y de tono oscuro, barbilla sólida, barba crecida y labios carnosos y rojos formando una fina línea horizontal.

—¿Quién es usted? —preguntó la imagen, con suspicacia.

—Me llamo Steven Lamorak y soy terrícola.

—¿Un forastero?

—Así es. Estoy de visita en Elsevere. Usted es Ragusnik.

—Igor Ragusnik, a su servicio —asintió socarronamente la imagen—; sólo que no hay servicio ni lo habrá hasta que a mi familia y a mí nos traten como a seres humanos.

—¿Se da cuenta del peligro en que se encuentra Elsevere y la posibilidad de contraer enfermedades contagiosas?

—En veinticuatro horas se puede volver a la normalidad con sólo reconocer que soy humano. Está en manos de ellos corregir la situación.

—Usted parece ser un hombre culto, Ragusnik.

—¿Y?

—Me han dicho que no le niegan ninguna comodidad material; que dispone usted de la mejor vivienda, indumentaria y alimentos que nadie en Elsevere, y que sus hijos reciben la mejor educación.

—Concedido. Pero todo por servomecanismos. Y nos envían niñas huérfanas con el propósito que nos ocupemos de ellas hasta que tengan edad para ser nuestras esposas. Y mueren jóvenes, de soledad. ¿Por qué? —Su tono de voz adquirió de pronto más pasión —: ¿Por qué debemos vivir en el aislamiento como si fuéramos monstruos a los que no se pueden aproximar los seres humanos? ¿No somos seres humanos como los demás, con las mismas necesidades, los mismos deseos y los mismos sentimientos? ¿No realizamos una función honorable y útil...?

Sonaron suspiros a espaldas de Lamorak. Ragusnik los oyó y elevó la voz:

—Veo a los del Consejo ahí detrás. Respondedme. ¿No es una

función honorable y útil? Transformamos vuestros desechos en alimentos para vosotros. ¿Quien purifica la corrupción es peor que quien la produce? Escuchad, consejeros, no cederé. Mi familia estará mejor muerta que viviendo como ahora.

—Usted lleva viviendo de esa manera desde que nació, ¿verdad? —interrumpió Lamorak.

—¿Y qué si es así?

—Pues que sin duda está acostumbrado.

—Jamás. Resignado, tal vez. Mi padre estaba resignado y yo me he resignado durante un tiempo. Pero he visto a mi hijo, a mi único hijo, sin otro niño con quien jugar. Mi hermano y yo nos teníamos el uno al otro, pero mi hijo nunca tendrá a nadie, así que ya no me resigno. He terminado con Elsevere y he terminado de hablar.

El receptor se apagó.

El jefe del Consejo se había puesto amarillo. Sólo él y Blei quedaban con Lamorak.

—Ese hombre está desquiciado —comentó el jefe del Consejo—. No sé cómo obligarlo.

Tenía una copa de vino; se la llevó a los labios y derramó unas gotas que le mancharon de rojo los pantalones blancos.

—¿Tan poco razonables son sus exigencias? —preguntó Lamorak—. ¿Por qué no se lo puede aceptar en la sociedad?

Los ojos de Blei destellaron de furia un instante.

—¡Alguien que tiene que reciclar los excrementos! —Se encogió de hombros—. Usted, claro, es de la Tierra.

Incongruentemente, Lamorak recordó a otro inaceptable, una de las muchas creaciones clásicas del caricaturista medieval Al Capp: el «hombre del trabajo sucio».

—¿Ragusnik maneja realmente los excrementos? Quiero decir si hay contacto físico. Sin duda todo se efectúa con maquinaria automática.

—Por supuesto —confirmó el jefe del Consejo.

—Entonces, ¿cuál es la función de Ragusnik?

—Regula manualmente los controles que garantizan el funcionamiento adecuado de la maquinaria. Cambia las unidades cuando hay que repararlas, varía los índices de funcionamiento según la hora del día y acomoda el producto final a la demanda. Si dispusiéramos de espacio para máquinas diez veces más complejas,

todo se podría realizar automáticamente, pero sería un derroche innecesario.

—Aun así —insistió Lamorak—, Ragusnik sólo realiza sus tareas pulsando botones, cortando contactos o con acciones similares.

—Sí.

—Entonces, su trabajo no es diferente del de cualquier elseveriano.

Blei replicó en tono cortante:

—Ya veo que usted no lo entiende.

—¿Y van a poner en peligro la vida de sus hijos por una cosa así?

—No tenemos opción —aseguró Blei.

La angustia de su voz evidenciaba que la situación era un suplicio para él, pero que realmente no tenía otra opción.

Lamorak se encogió de hombros, irritado.

—Entonces, rompan la huelga. ¡Oblíguenlo!

—¿Cómo? —se desesperó el jefe del Consejo—. ¿Quién se atrevería a tocarlo o a acercarse a él? Y aunque lo matáramos con una descarga a distancia, ¿nos serviría de algo?

—¿No saben manejar sus máquinas? —preguntó Lamorak, pensativo.

El jefe del Consejo se puso de pie y gritó:

—¿Yo?

—No me refería exactamente a usted. Hablaba en general. ¿Podría alguien aprender a manejar las máquinas de Ragusnik?

El jefe del Consejo se calmó.

—Sin duda con los manuales..., aunque le aseguro que nunca he tenido interés en leerlos.

—O sea que alguien podría aprender todo el procedimiento y sustituir así a Ragusnik hasta que él se rinda.

—¿Quién podría aceptar semejante tarea? —replicó Blei—. Yo no, desde luego, de ninguna manera.

Lamorak recordó fugazmente alguno de los tabúes terrícolas que eran igual de fuertes. Pensó en el canibalismo, en el incesto, en la blasfemia de un hombre piadoso.

—Pero ustedes deben de haber previsto la posibilidad que el

puesto quede vacante. ¿Y si Ragusnik muriese?

—Pues su hijo le sucedería automáticamente, o su pariente más cercano —respondió Blei.

—¿Y si no tuviera parientes adultos? ¿Y si toda su familia muriese de repente?

—Eso nunca ha ocurrido y nunca ocurrirá.

—Si existiera ese peligro —añadió el jefe del Consejo—, podríamos, supongo, entregar un niño a los Ragusnik para que le enseñaran la profesión.

—Muy bien. ¿Y cómo se escogería ese niño?

—Entre los hijos de las madres que murieron al dar a luz, como escogemos a la futura prometida de un Ragusnik.

—Entonces, escojan un sustituto ahora, por sorteo.

—¡No! —exclamó el jefe del Consejo—. ¡Imposible! ¿Cómo se atreve a sugerirlo? Si escogemos a un niño, el niño se adapta a esa vida sin conocer otra cosa. Para este asunto habría que elegir a un adulto y transformarlo en Ragusnik. No, doctor Lamorak, no somos monstruos ni bestias salvajes.

Lamorak pensó que era inútil; era inútil a no ser que...

Todavía no era capaz de enfrentarse a ese «a no ser que».

Esa noche apenas durmió. Ragusnik sólo pedía un elemental trato humanitario. Pero se le oponían treinta mil elseverianos que se enfrentaban a la muerte. El bienestar de treinta mil personas por un lado; las justas exigencias de una familia por el otro. ¿Se podía afirmar que treinta mil personas que respaldaban tamaña injusticia merecían la muerte? Injusticia, ¿a ojos de quién? ¿De la Tierra? ¿De Elsevere? ¿Y quién era Lamorak para juzgar a nadie?

¿Y Ragusnik? Estaba dispuesto a permitir la muerte de treinta mil personas, incluidos hombres y mujeres que simplemente aceptaban una situación que les habían enseñado a aceptar y que no podían cambiar aunque quisieran. Y niños que no tenían nada que ver con ello.

Trenta mil por un lado; una familia por el otro.

Tomó su decisión en un estado rayano en la desesperación y por la mañana llamó al jefe del Consejo.

—Señor —dijo Lamorak—, si usted puede conseguir un

sustituto, Ragusnik comprenderá que ha perdido toda posibilidad de forzar una decisión en su favor y regresará al trabajo.

—No puede haber un sustituto —murmuró el jefe del Consejo—. Ya se lo he explicado.

—No entre los elseverianos, pero yo no lo soy. A mí no me importa. Seré yo el sustituto.

Estaban alterados, mucho más que él mismo. Le preguntaron varias veces que si hablaba en serio.

Lamorak iba sin afeitarse y se sentía cansado.

—Claro que hablo en serio. Y cada vez que Ragusnik actúe así siempre pueden importar un sustituto. Este tabú no existe en ningún otro mundo, así que habrá abundancia de sustitutos provisionales si ustedes pagan lo suficiente.

(Traicionaba a un hombre explotado brutalmente y lo sabía. Pero se repetía desesperadamente: salvo por el ostracismo recibe buen trato, muy buen trato).

Le dieron los manuales y se pasó seis horas leyendo y releendo. Era inútil hacer preguntas, pues ningún elseveriano conocía aquel trabajo, excepto lo que figuraba en el manual, y todos se incomodaban si les mencionaban detalles.

—«Mantener lectura cero del galvanómetro

A-2

durante la señal roja del aullador Lunge» —leyó Lamorak—. ¿Qué es un aullador Lunge?

—Debe ser una señal —murmuró Blei, y los elseverianos se miraron con embarazo y agacharon la cabeza para estudiarse la yema de los dedos.

Lo dejaron a solas mucho antes de llegar a los aposentos donde generaciones de Ragusnik habían trabajado al servicio de su mundo. Tenía instrucciones específicas para llegar al nivel indicado, pero ellos lo abandonaron y Lamorak continuó solo.

Recorrió las habitaciones atentamente, identificando instrumentos y controles y siguiendo los diagramas del manual.

Ahí está el aullador Lunge, pensó con sombría satisfacción. Eso

decía el letrero. La cara frontal era semicircular y con orificios obviamente diseñados para brillar en diversos colores. ¿Por qué «aullador» entonces?

No lo sabía.

En alguna parte, pensó Lamorak, en alguna parte se acumulan los desechos, agolpándose contra los engranajes y las salidas, contra las tuberías y los alambiques, a la espera de ser manipulados de cien modos. Ahora, simplemente están acumulados.

Temblando un poco, activó el interruptor, tal como indicaba el manual en las instrucciones de «iniciación». Un suave murmullo de vida hizo vibrar los suelos y las paredes. Lamorak movió un dial y se encendieron las luces.

A cada paso consultaba el manual, aunque se lo sabía de memoria, y a cada paso las habitaciones se iluminaban y los cuadrantes se ponían en movimiento y zumbaban con creciente estruendo.

En algún lugar del interior de las fábricas, los desechos acumulados se desplazaban hacia los cauces correspondientes.

Sonó una señal aguda y Lamorak se sobresaltó y perdió la concentración. Se trataba del indicativo de comunicaciones, así que activó el receptor.

Apareció el alarmado rostro de Ragusnik que, poco a poco, cobró un aire de colérica incredulidad.

—Conque así están las cosas.

—No soy elseveriano, Ragusnik. No me molesta hacer esto.

—¿Pero qué tiene que ver usted en esto? ¿Por qué se entromete?

—Estoy de parte de usted, Ragusnik, pero debo hacerlo.

—¿Por qué, si está de mi lado? ¿En su mundo tratan a la gente como me tratan a mí?

—Ya no. Pero aunque usted tenga razón he de tener en cuenta a los otros treinta mil habitantes de Elsevere.

—Habrían cedido. Ha echado abajo mi única posibilidad.

—No habrían cedido. Y en cierto modo ha triunfado usted, pues ahora saben que está insatisfecho. Hasta ahora, ni siquiera imaginaban que un Ragusnik pudiera ser infeliz, que pudiera causar problemas.

—¿Sirve de algo que lo sepan? Sólo tienen que encontrar a un forastero en cada ocasión.

Lamorak sacudió la cabeza. Había pensado en todo eso en las últimas y amargas horas.

—El hecho que ahora lo sepan significa que los elseverianos comenzarán a pensar en usted, y algunos se preguntarán si es correcto tratar así a un ser humano. Y si contratan forasteros ellos difundirán lo que ocurre en Elsevere y toda la opinión pública galáctica se volcará en favor de usted.

—¿Y?

—Las cosas mejorarán. En tiempos de su hijo, las cosas estarán mucho mejor.

—En tiempos de mi hijo —rezongó Ragusnik, y ahuecó las mejillas—. Preferiría que fuese ahora. Bien, he perdido. Regresaré al trabajo.

Lamorak sintió un inmenso alivio.

—Si viene aquí ahora, señor, podrá reanudar su trabajo y me honrará estrecharle la mano.

Ragusnik irguió la cabeza, henchido de un orgullo huraño.

—Usted me llama señor y se ofrece a estrecharme la mano. Lárguese, terrícola, y déjeme hacer mi trabajo, pues yo no estrecharé la suya.

Lamorak regresó por donde había llegado, aliviado porque había concluido la crisis, pero profundamente abatido.

Se detuvo sorprendido al toparse con un tramo de corredor acordonado que le cerraba el paso. Buscó otro camino y se sorprendió al oír una voz amplificadas.

—Doctor Lamorak, ¿me oye? Habla el consejero Blei.

Levantó la vista. La voz provenía de un sistema de altavoces, pero no veía ninguna salida.

—¿Pasa algo malo? —preguntó—. ¿Me oye usted?

—Le oigo.

—¿Pasa algo malo? —repitió a gritos—. Aquí hay un obstáculo. ¿Hay complicaciones con Ragusnik?

—Ragusnik ha ido a trabajar. La crisis ha terminado y usted debe disponerse a partir.

—¿Disponerme a partir?

—Sí, a irse de Elsevere. Le estamos preparando una nave.

—Pero aguarde un momento. —Lamorak estaba confundido por aquel súbito vuelco de los acontecimientos—. Aún no he terminado de recoger datos.

—Eso ya no es posible. Se le indicará directamente el camino a la nave y sus pertenencias le serán enviadas por servomecanismos. Confiamos..., confiamos...

Lamorak comenzaba a comprender.

—¿Confían en qué?

—Confiamos en que no intentará ver ni hablar en persona a ningún elseveriano. Y, desde luego, esperamos que nos evite la embarazosa situación de intentar regresar a Elsevere en el futuro. Con gusto recibiremos a cualquiera de sus colegas si necesita más datos sobre nosotros.

—Entiendo —aceptó, en un tono de voz apagado. Evidentemente se había convertido en un Ragusnik. Había manejado los controles que manipulaban los desechos y se lo sometía al ostracismo. Era un manipulador de cadáveres, un porquerizo, el hombre del trabajo sucio—. Adiós.

—Antes de despedirme, doctor Lamorak... En nombre del Consejo de Elsevere, le doy las gracias por su ayuda en esta crisis.

—De nada —dijo amargamente Lamorak.

AMOR PERDIDO

Paul Janvier

En algún lugar, precisamente al exterior de Hammonton, el doctor Bennett se fijó por primera vez en el muchacho del asiento contiguo. El doctor despertó un poco, probablemente porque el ómnibus acababa de sufrir una sacudida, gruñó adormilado, abrió los ojos y miró a través del pasillo. Vio a un muchacho delgado, de cabello crespo, sentado con la barbilla apoyada en las palmas de las manos, mirando hacia la oscuridad. Entonces el doctor experimentó una breve sensación de curiosidad.

El muchacho tendría unos quince o dieciséis años, según calculó, y estaba más delgado de lo que debiera. También excesivamente desaliñado, pensó el doctor, mirando a sus remendados pantalones y su deshilachada americana, así como a sus informes zapatos de granjero con que se calzaba.

Eso hizo que el doctor advirtiese que el muchacho ni siquiera llevaba calcetines. Los pantalones resultaban en exceso cortos para sus largas piernas y sus sucios tobillos aparecían desnudos y nudosos por encima del corte de los zapatos.

Bennett comenzó a fijarse con más atención. Quizás el muchacho no llevase siquiera camisa debajo de la americana. Pero la manera en que el ómnibus se tambaleaba, le hizo tornarse somnoliento y apenas se dio cuenta de ninguna otra cosa, puesto que aún mientras se inclinaba hacia adelante, sus ojos se le cerraron.

En Elwood, el autobús se detuvo para que subiese un pasajero, y el doctor Bennett despertó otra vez. Se frotó los ojos, miró en su torno y se rascó un costado. Luego vio al muchacho al otro lado del pasillo, que estaba sentado, mirándose las manos pegadas en el

regazo. El doctor pensó que ningún muchacho de aquella edad, debería sentirse tan triste y perdido como aquel joven. El aspecto de su rostro era distatne, mil kilómetros distante.

El doctor miró con más atención. El chico era delgado... mucho más delgado de lo que debiera; y sus ropas estaban muy mal reparadas. Llevaba un par de viejos pantalones azules, con irregulares pedazos en las rodillas, mientras que el dobladillo de los bajos quedaba deshilachado descubriendo las piernas casi blancas. Sólo el cielo sabía cuánto tiempo llevaban aquellos pantalones sin conocer un lavado, aunque debieron tener anteriormente muchos contactos con el agua y los detergentes, para haber perdido de aquella manera su color original. Y sin calcetines. El doctor miró fijamente aquellos sucios tobillos nudosos; no llevaba calcetines en noviembre... y sí un par de zapatones rústicos, casi abarcas, con los cordones anudados en forma de grandes lazos.

—Dime... joven...

El muchacho alzó la cabeza y le miró desde la otra parte del pasillo.

—¿Sí, señor? —preguntó con una voz suave y educada.

El doctor no supo proseguir durante todo un minuto. Pensó en alguna manera de hacerse comprender con el muchacho, de que advirtiese de que no era un metomentodo... de que el joven no le catalogase bajo la misma categoría que las viejas chismosas del pueblo.

El joven le miraba con ojos perdidos, esperando con impaciencia nuevas preguntas.

—Jovencito... bueno, mira, me llamo doctor Samuel Bennett. Ya sé que esto nada me importa, pero... ¿a dónde te diriges, vestido así en esta época del año? —Eso no resultaba muy bueno, pero sí lo mejor que pudo pensar. Parpadeó y se maldijo a sí mismo, por haber dejado trascender en sus palabras una curiosidad impropia de su edad y categoría social. Pero su pesar fue todavía mayor cuando el muchacho le respondió:

—No tengo otras ropas, señor.

El muchacho habló sin rastro de embarazo o amargura, lo que sorprendió al doctor. El joven estaba en la edad en que aquellos detalles deberían de importarle muchísimo.

El doctor rebuscó las siguientes palabras que decir.

—Bueno... bueno, ¿te espera alguien... allá donde vas?

—No lo sé, señor.

Simplemente eso: «No lo sé, señor» el doctor Bennett sacudió la cabeza y frunció el ceño, tratando de concentrarse.

Debía haber preguntado al muchacho cómo se llamaba; quizás se escapaba de algo o de alguien. Quizás tenía buenos motivos, también... unos motivos dignos de consideración. El muchacho parecía como si nadie jamás hubiese sentido el menor interés por él.

El autobús se bamboleaba y eso solía siempre causar sueño a Bennett. Intentó conservarse despierto, pero era una batalla perdida. Notó cómo caía su cabeza y captó de rechazo una mirada triste, desencantada, en la cara del joven. Luego se quedó dormido.

El doctor Bennett se despertó en Egg Harbor City, algo sorprendido, porque usualmente se despertaba en cada parada del viaje. Debió estar más cansado de lo que se imaginaba.

Miró en su torno mientras el autobús reanudaba la marcha. Habían pocos pasajeros y la mayor parte estaban apiñados en los asientos delanteros. Únicamente sentados en la parte de atrás, iban él y el muchacho, éste sentado al otro lado del pasillo, mirándole esperanzado.

El doctor devolvió la mirada al joven, preguntándose lo que deseaba.

Era un muchacho terriblemente joven y delgado, vestido con unas ropas prestadas y remendadas que resultaban demasiado pequeñas para su estatura y demasiado finas para aquella clase de clima. El doctor frunció el ceño al ver las huesudas y desnudas muñecas saliendo del leve abrigo del muchacho. Ningún cuello de camisa aparecía en su garganta y el doctor se preguntó si aquella americana pudiera ser todo cuanto vestía.

El doctor miró nuevamente los pies del joven. Sus zapatos rotos eran demasiado grandes para sus pies... y no llevaba calcetines.

—Hola, joven —dijo, esperando que el muchacho no se mostrase tímido. Parecía más triste y solitario que cualquier otro joven que el doctor hubiese visto jamás; parecía como si estuviera acostumbrado a más mezquindad que amabilidad por parte de las personas. Parecía como si no hubiese conocido nunca un día sin desencanto. En cierta forma, tenía todo el aspecto del pordiosero de sesenta años, que se sienta para dormir en el banco de un parque en pleno

invierno, abrigándose por dentro de la raída americana con una masa de periódicos.

Ningún muchacho debería tener ese aspecto...

El joven respondió con cierta ansia.

—Hola, doctor Bennett —fue la contestación educada.

El doctor miróle a la cara.

—Bueno... lo siento, hijo, pero no recuerdo tu nombre. La mayor parte de mis amigos me llaman simplemente «Doc».

Se sintió avergonzado por haber revivido en el muchacho recuerdos de su vida... si es que había en ella algo que mereciera la pena recordar. También el joven demostró un cierto embarazo.

—Solamente nos vimos breve tiempo... en una ocasión —dijo el muchacho con voz triste y fantasmal—. No creo que en realidad se acuerde usted de mí.

El doctor sacudió la cabeza.

—Lo siento, jovencito; un médico ve cantidades de personas. Pero yo no soy de los que suelen olvidarse de un rostro —se excusó.

El muchacho asintió con la cabeza.

Aquello resultaba una reacción extraña. El doctor se puso rígido en su asiento y examinó con más minuciosidad al joven.

—Para esta clase de tiempo, esa no es ropa muy práctica —dijo con cierta torpeza—. ¿Te vas a reunir con alguien? ¿Hacia dónde te diriges?

—No lo sé, doctor.

—¡No lo sabes! —El doctor se incorporó. Quizás ahí tenía un caso de amnesia. No... eso no coincidía con el resto. ¿Qué era? Miró las mejillas y ojos del muchacho en busca de indicios de fiebre.

—¿No tienes ningún sitio donde ir, hijo? —preguntó amable.

El muchacho sacudió la cabeza.

—No, Doc; nunca. Me limito a viajar. Algunas veces encuentro a alguien con quien hablar. Las más de las veces, no. En la mayoría, ni siquiera tengo ese consuelo.

—Señor, muchacho, ¿desde cuándo dura eso?

El joven se encogió de hombros y toda la soledad del mundo afloró a sus ojos.

—Tres años. Siempre, desde que tengo uso de razón.

—¿Qué quieres decir, hijo?

—Que necesito alguien.

—¿Quién?

El muchacho sacudió la cabeza y miró al suelo.

Demasiado importante, pensó el doctor. Es demasiado importante para hablar de ello. Recordó lo que fue su propia vida cuando tenía la edad de aquel joven.

—¿Doc?

—Sí, dime hijo.

—¿Doc, por qué no me recuerda?

Bennett no podía extraer ningún sentido de aquella pregunta; Sacudió la cabeza.

—No tengo respuesta para eso, hijo; ¿por qué alguien se olvida de algo? Es una cosa que ocurre, me imagino. No tiene explicación.

—¿No me ha visto jamás con anterioridad?

El muchacho miraba el suelo, pero el doctor advirtió lo apretadas y unidas que estaban sus manos.

—No, hijo —contestó con toda su amabilidad.

—¿Está usted *seguro*, Doc?

Bennett no sabía qué hacer. El muchacho estaba apretándole como si fuera un alambre tenso. Se sintió desvalido.

—Estoy seguro, hijo.

El muchacho alzó la vista.

—Doc... en la práctica de su profesión, ¿conoce usted algunos chicos cuyos padres no se preocupen de ellos?

Doc creyó haber encontrado la respuesta. Se maldijo en silencio.

—No, hijo, no puedo decir que me ocurriera tal cosa. Pero has de recordar que a veces la gente *no puede* hacer tanto por sus hijos como desearía.

—No me refería a eso —dijo con un susurro perdido.

El doctor se lo imaginaba. Volvió a maldecir en su interior de nuevo.

—Escucha, hijo... —Se detuvo. Era un gran paso, pero estaba decidido—. Hijo, ¿te gustaría quedarte a vivir conmigo durante una temporada, hasta que podamos enderezar tu vida? Después que curses estudios te hallaremos trabajo... ¿verdad que no tienes parientes que se ocupen de ti?

El muchacho se mordió los labios y volvió a mirar al suelo.

—Gracias, Doc —susurró—, pero no daría resultado. Nadie me pagará por un trabajo que no creen que puedo hacer... y, además,

Doc, usted no puede sufragar ese gasto.

El doctor asintió de una manera inconsciente. Luego preguntó:

—¿Qué es lo que te hace pensar así, hijo?

El muchacho sonrió embarazado.

—Usted va en un autobús. Si fuese más joven, eso no significaría nada. Pero hay dos clases de viejos doctores que viajan en autobús... los que no sirven para nada y los que nunca cobraron mucho por sus minutas.

Bennett se ruborizó incómodamente; no había ningún error en considerar de cuál de las dos clases pensaba el muchacho que era él. Eso no era del todo muy cierto... en sus tiempo cobró sustanciosas facturas... bueno, las cobró... pero muy pocas.

No basta, sin embargo, suspiró para sí. Casi no basta. Bueno, si tenía que seguir... no, no entonces, tampoco, admitió.

Volvió a ruborizarse y en su mente se examinó a sí mismo receloso.

—Eres un juez muy rápido acerca de las personas —gruñó de malhumor.

—Vengo estudiándolas, señor.

Sí, por Dios, supongo que lo haces, pensó el doctor. Supongo que lo necesitas.

—Escucha, hijo... ¿qué vas a hacer? ¿Cómo vas a vivir?

—De algún modo, doctor. Lustraré zapatos o trabajaré en alguna fonda... de cualquier lugar donde me den propinas. No durará mucho, ningún empleo me dura, pero aún con menos propinas que cualquier otra persona yo logro vivir.

—Cielos, hijo, el único lugar de tamaño considerable al que va este autobús es Atlantic City. Y estamos en noviembre. Allí no encontrarás trabajo.

—Lo sé. Pero jamás estuve antes por este camino. Y ahorré lo bastante en Camden para pagarme el billete.

—Bueno... has debido aprender ya algo de comercio. ¿No tienes ninguna habilidad especial? ¿Algo que te permita ganarte un sueldo particular?

El muchacho sacudió la cabeza.

—Uno sólo se considera pagado si el patrón le recuerda —una rara expresión apareció en su rostro—. Tengo algunas... habilidades... Pero no serían limpias.

Bennett no sabía qué pensar y se sintió completamente azorado. No podía hallar pies ni cabeza a lo que el muchacho quería decir, ni en el significado de algunas de las frases que pronunciaba el joven.

—Doc, tengo que seguir marchando; tengo que seguir buscando. No sé qué otra cosa puedo hacer.

—¿Buscar el qué? —volvió a preguntar el doctor.

—Buscar... a alguien más. Buscar a otra persona que busca también a su vez a alguien. Buscar a otra persona que no conozco. Doctor, ¿ha visto usted esas películas que tratan de gentes invisibles?

»Eso es lo que busco. Personas invisibles. Personas que suban en autobús y tengan que recordar al conductor que les tome el billete: personas que se hagan olvidar. Me imagino que así tiene que ser. Todos estamos fuera... buscándonos mutuamente. ¡No podemos ser muchos, pero han de haber más y no ser sólo yo!

La boca del muchacho temblaba y Bennett se sintió cada vez más asustado por aquella expresión decidida.

Soy un médico, pensó. Curo enfermos. Hay algo terriblemente erróneo en este muchacho.

Pero estaba sentado allí desvalido, porque no sabía qué hacer. Lo mejor en que podía pensar era sacar al chico del autobús y llevarle a un psicólogo. ¿Pero cómo iba a lograrlo? Necesitaba pensar en un medio que no asustase al jovencito.

—Tarde o temprano, Doc, voy a encontrar a alguien. No me importa el aspecto que tenga o quién sea o qué cosas sea... ¡tiene que estar en algún lugar de este mundo! —Se arrellanó en el asiento y susurró—: ¿Pero y si nos hubiésemos olvidado mutuamente?

El doctor alzó la vista. El joven prosiguió:

—Sería diferente si ustedes no hubiesen fijado las reglas por que se gobierna este mundo. Si no hubiesen tantos de ustedes... si no hubieran formado una organización para que sólo los de su especie pudiesen vivir dentro de ella. Pero no hay ningún lugar... nada... al menos que deseemos pelear... a menos que yo quiera luchar... y no lo deseo... yo sólo ansío vivir... y ser feliz... soy uno de ustedes... lo era... hasta hace unos pocos años... y entonces todos comenzaron a olvidarme...

»Doc, hice cuanto pude. *Intenté* ser uno de ustedes. Lo hice. Traté de encajar. Pero no pude evitarlo. No pude impedirlo. Ustedes me

olvidan. Todos me olvidan...

Pero Bennett se estaba quedando dormido. Notó cómo la cabeza le caía hacia adelante.

La mano del muchacho se apretó con firmeza en torno de su brazo y durante un simple momento el doctor notó el latir de un pulso tan fuerte como jamás había conocido antes. Pero eso no le impidió que sus ojos se le cerrasen.

—¡Doc! ¡Recuérdeme! ¡Recuérdeme...!

—¡ABSECON! —gritó el conductor—. Absecon, Mac.

El doctor Bennett se despertó con un gruñido nervioso.

—¿Eh?

—Su parada, caballero.

—Oh... oh, gracias —dijo el doctor, saliendo del asiento apresuradamente y tratando de alcanzar su sombrero que estaba en la rejilla cercana al techo. Sacudió la cabeza para aclararla.

Estaba enfurruñado consigo mismo, mientras se dirigía rápidamente a la parte delantera del autobús. De ordinario despertaba en cada parada cuando se hallaba de viaje. En espacial si lo hacía en ómnibus.

Tropezó con la cadera en el marco de acero de un asiento y parpadeó de dolor. ¡Maldición! exclamó mentalmente, la gente debería tener los costados blindados. Pero entonces, eso demuestra que la evolución todavía no tenía idea de lo que llegaría a ser la sociedad humana.

—Gracias —repitió mientras bajaba por el alto estribo y salía del autobús, sintiendo cómo sus músculos se ponían tensos al descender aquel exagerado peldaño.

No deberíamos tener esqueletos rígidos tampoco, añadió de manera mental, para poder maniobrar mejor en esta vida supercivilizada.

Aguardó a que el autobús se alejase para cruzar la calle. Bueno, pensó con una leve sonrisa, somos un poco toscos en nuestra manera de ser. La próxima vez que nazca el hombre, será preferible que desarrolle algunas cuantas fórmulas de protección para su propia integridad.

Alzó la vista y un muchacho pálido, delgado, estaba

contemplándole desde una ventanilla mientras el autobús se alejaba.

La sonrisa del doctor adquirió tonos algo tristes. El chico parecía como si pensase que él, el doctor, era quien necesitaba que se cuidasen de su persona.

Cruzó la calle y caminó rápidamente por una arteria lateral hacia su casa, arrimándose a los edificios puesto que el viento de noviembre era frío. Subió las escaleras hasta el apartamento encima de la verdulería y abrió la puerta girando con dificultad la llave a causa de sus dedos entumecidos.

—¿Sam?

Cerró tras de sí.

—Sí, Ruth, estoy en casa —notó cómo le crecía de nuevo el dolor en la garganta. Aquel joven doctor en Camdem había pedido demasiado por sus servicios. Valía la pena, pero era más de lo que tenía.

Ruth salió de la cocina y él sacudió la cabeza despacio.

—No dio resultado.

Ella sonrió.

—¿Y qué?

Pero el doctor notó que el dolor se le hacía más fuerte. Deseaba mejores cosas para ella, siempre lo deseó. Pero no resultaba, no lo conseguía... y supuso que alguien tenía que cuidarse de la gente que no podía triunfar ni salir del paso cuando se trataba de pagar las cuentas de los médicos.

Era como pedir peras al olmo, pensó, formándose en su boca una mueca involuntaria.

—La cena está preparada, cariño. Espero que no te hayas resfriado.

El doctor sacudió la cabeza.

—No siento nada —siguió a su esposa a la cocina y se sentó.

—Sam, yo... —Ruth se detuvo y miró por encima de su hombro. Él se dio la vuelta.

Había allí una chica de aspecto triste, de unos catorce años, de pie en el otro umbral.

—Otra vez has fallado en logarme un sitio destacado en este mundo —dijo ella con una voz perdida y temblorosa.

Doc la miró sumido en un completo azoramiento. Y pensó que

era raro que no la reconociese. A pesar de todo, era muy bonita y pensó que debía... que se parecía muchísimo a la Ruth de otros tiempos.

NO ERA SICIGIA

Theodore Sturgeon

Mejor no lo leas. Lo digo en serio. No, ésta no es una de esas historias «que pueden ocurrirte a ti». Es mucho peor. Quizá te esté ocurriendo en este mismo momento. Y no te enterarás hasta que haya terminado. Por la propia naturaleza de las cosas, no puedes enterarte.

(Realmente, ¿a cuánto ascenderá la población?). Por otra parte, que te lo cuente quizá no cambie nada las cosas. Una vez que te acostumbres a la idea quizá hasta puedas relajarte y disfrutarla. Sabe Dios que hay mucho de que disfrutar —repito—, debido a la propia naturaleza de las cosas.

Muy bien, si crees que estás en condiciones de escuchar la historia...

La conocí en un restaurante. Quizá te suene:

Murphy's:

Tiene un enorme bar ovalado y después un tabique. Del otro lado del tabique hay mesas pequeñas, después un pasillo, después reservados.

Gloria estaba sentada en una de esas mesas pequeñas. De todos los reservados, sólo dos estaban ocupados; de todas las otras mesas pequeñas sólo lo estaba una, así que yo tenía mucho espacio.

Pero sólo había un sitio donde podía ir a sentarme: la mesa de ella. Eso fue porque, cuando vi a Gloria, ya no hubo nada más en el mundo. Nunca me pasó nada parecido. Caí muerto. Solté el maletín y la miré. Tenía pelo brillante, de color castaño rojizo, y piel aceitunada. Su nariz era fina, respingona, y su boca muy dibujada, con labios carnosos. Sus ojos tenían el color del ron batido con manteca, y eran profundos como una noche de montaña.

Sin quitarle los ojos de la cara, busqué a tientas una silla y me senté frente a ella. Me había olvidado de todo. Hasta de que tenía hambre. Pero Helen no se había olvidado. Helen era la jefa de camareras y una persona sensacional. Era cuarentona y feliz. No sabía mi nombre pero solía llamarme «El Hambriento». Nunca tenía que pedir nada. Al entrar me llenaba un vaso de cerveza y mandaba preparar dos porciones de la especialidad del día en una bandeja grande. Llegó con la cerveza, recogió mi maletín y fue a buscar la comida. Yo seguí mirando a Gloria, que a esas alturas mostraba un considerable asombro y algo de respeto. El respeto, me dijo más tarde, sólo se debía al tamaño de mi vaso de cerveza, pero no estoy del todo convencido.

Ella habló primero.

—¿Haciendo un inventario?

Tenía una de esas voces poco comunes que convierten en ruido todos los demás sonidos. Asentí. Tenía barbilla redonda, muy ligeramente hendida, pero las articulaciones de la mandíbula eran cuadradas.

Creo que estaba un poco nerviosa. Bajó la mirada —me encantó porque pude ver lo largas que eran sus pestañas— y pinchó con el tenedor en la ensalada. Levantó de nuevo la mirada, esbozando una sonrisa. Sus dientes se tocaron punta con punta. Había leído sobre eso pero nunca lo había visto.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿He hecho una conquista?

Volví a asentir.

—Claro que sí.

—¡Excelente!

—Te llamas Gloria —dije con toda seguridad.

—¿Cómo lo sabías?

—Era inevitable.

Me miró detenidamente, los ojos, la frente, los hombros.

—Si te llamas Leo me pongo a gritar.

—Empieza ya. Pero ¿por qué?

—Siempre pensé que conocería a un hombre llamado Leo y...

Helen anuló el efecto de varios meses de buenas relaciones entre los dos trayéndome el almuerzo en ese preciso instante. Gloria abrió

de par en par los ojos al verlo.

—Debes de ser muy aficionado a la langosta a la holandesa.

—Me gustan todas las cosas sutiles —dije—, y me gustan en grandes cantidades.

—Nunca conocí a nadie como tú —dijo ella con franqueza.

—Nunca hubo nadie como tú.

—Oh.

Agarré el tenedor.

—Claro que no. Si hubiera, seríamos una raza. —Saque un poco de langosta—. ¿Tendrías la amabilidad de mirar con atención mientras como? Parece que no puedo dejar de mirarte y tengo miedo de pincharme la cara con el tenedor.

Gloria soltó un ríplido. No era una risita ni un resoplido. Era un verdadero ríplido de Lewis Carroll. Son muy poco frecuentes.

—Miraré.

—Gracias. Y mientras miras dime qué es lo que no te gusta.

—¿Lo que *no* me gusta? ¿Por qué?

—Quizá me pase el resto de la vida descubriendo qué cosas te gustan y haciéndolas contigo. Así que deshagámonos de todo lo accesorio.

Gloria se echó a reír.

—Muy bien. No me gusta la tapioca porque me hace sentir que llamo la atención mirándola de esa manera. No me gustan los muebles con botones en el tapizado; las cortinas de encaje que se superponen; el estampado de florecitas, los corchetes y los broches de presión donde tendría que haber cremalleras; ese director de orquesta con los saxofones acaramelados y el hermano que canta al estilo tirolés; los hombres con ropa de *tweed* que fuman en pipa; la gente que no me puede mirar a los ojos cuando miente; la ropa para la noche; la gente que prepara mezclas con *whisky* escocés... vaya, qué rápido comes.

—Lo hago para deshacerme del apetito y empezar a comer por razones estéticas. Me gusta esa lista.

—¿Qué no te gusta a *tí*?

—No me gustan los intelectuales hombres de letras con sus conversaciones sobrecargadas de citas. No me gustan los bañadores que no dejan entrar el sol y no me gusta el tiempo que no deja sacar los bañadores. No me gusta la comida salada; las muchachas

pegajosas; la música que no va a ninguna parte o que no construye nada; las personas que se han olvidado de asombrarse como niños; los coches diseñados para ser más aerodinámicos cuando van marcha atrás que cuando van hacia adelante; las personas que son capaces que probar cualquier cosa una vez pero que tienen miedo de probarla dos veces y tomarle el gusto; y los escépticos profesionales.

Volví a concentrarme en el almuerzo.

—Brillante —dijo—. Aquí está sucediendo algo notable.

—Deja que suceda —le advertí—. No importa lo que sea, ni por qué. No hagas como aquel que tiró una bombilla al suelo para ver si era frágil.

Pasó por allí Helen y le pedí un Slivovitz.

—¡Brandy de ciruelas! —gritó Gloria—. ¡Me encanta!

—Lo sé. Es para ti.

—Algún día te vas a equivocar —dijo de pronto Gloria, triste—, y va a ser muy feo.

—Será muy bueno. Será la diferencia entre la armonía y el contraste, eso es todo.

—Leo...

—¿Mm?

Gloria me miró directamente, y la mirada era tan cálida que la sentí en la cara.

—Nada. Sólo estaba diciendo la palabra. ¡Leo!

Me atraganté con algo, no con la langosta. Pero enseguida se me pasó.

—No tengo ningún chiste para eso. No lo puedo superar. No lo puedo igualar, Gloria.

Se dijo otra cosa, pero sin palabras.

Todavía no hay palabras para esa cosa. Después ella alargó el brazo por encima de la mesa y me tocó con las puntas de los dedos. Vi colores.

Me levanté para irme, después de garabatear algo en un trozo de la carta.

—Aquí tienes mi número de teléfono. Llámame cuando no tengas más remedio.

Gloria enarcó las cejas.

—¿No quieres mi teléfono, o mi dirección, o lo que sea?

—No —dije.

—Pero...

—Esto significa demasiado —dije—. Lo siento si doy la sensación de dejar todo en tus manos. Pero quiero que cada vez que estés conmigo sea porque lo desees y no porque crees que es lo que yo puedo querer. Tenemos que estar juntos porque estamos viajando en la misma dirección a más o menos la misma velocidad, cada uno con su propia fuerza. Si te llamo yo y hago todos los preparativos, podría resultar que actúo movido por un reflejo condicionado, como cualquier otro lobo. Si llamas tú, podemos estar seguros.

—Entiendo.

Gloria levantó aquellos ojos profundos y me miró. Dejarla era como salir de aquellos ojos palmo a palmo. Un largo trayecto. Me costó recorrerlo.

En la calle traté de organizar un poco las cosas. Lo más destacado de todo aquel notable asunto era que jamás en mi vida había sido capaz de hablar con nadie de esa manera. Siempre había sido tímido, fácil de complacer, sumiso en extremo y más bien duro de mollera.

Me sentí como las fantasías del muy publicitado alfeñique de cuarenta y nueve kilos cuando recortó aquel cupón.

—¡Eh... tú!

En esos casos, por lo general reaccionaba como con todo lo demás. Miré hacia arriba y retrocedí violentamente. Había una cabeza humana flotando en el aire, a mi lado. Estaba tan sobresaltado que ni siquiera dejé de caminar. La cabeza flotó avanzando conmigo, cabeceando como si unas piernas invisibles transportaran un cuerpo invisible al que estaba pegado la cabeza visible. La cara era de una persona madura, aficionada a la lectura, secamente graciosa.

—Eres todo un personaje, ¿verdad?

Curiosamente, la lengua se me soltó del paladar.

—Hay gente muy agradable que lo piensa —balbuceé.

Miré alrededor nervioso, esperando una estampida cuando otros vieses aquel simpático horror.

—Nadie salvo tú me puede ver —dijo la cabeza—. Nadie, en todo caso, que pueda armar un escándalo.

—¿Qué... qué quieres?

—Sólo quería decirte algo —dijo la cabeza. Debía de tener una garganta en algún sitio porque se la aclaró—. La partenogénesis —dijo en tono didáctico— tiene poco valor de supervivencia, incluso con la sicigia. Sin ella... —La cabeza desapareció. Un poco más abajo aparecieron dos hombros huesudos y descubiertos que se encogieron expresivamente y desaparecieron. Reapareció la cabeza —... no hay ninguna posibilidad.

—No me digas —dije con voz trémula.

No me dijo. Por esa vez no agregó nada. Desapareció.

Me detuve y di media vuelta, buscándolo. Lo que me había dicho tenía tan poco sentido para mí en ese momento como su apariencia. Tardé bastante tiempo en descubrir que me había contado el meollo de lo que te estoy contando a ti. Espero ser un poco más lúcido de lo que fue la cabeza.

De todos modos, aquélla fue la primera manifestación. En sí misma, no bastó para hacerme dudar de mi cordura. Como dije, fue sólo la primera.

Vale la pena que te cuente algo sobre Gloria. Su familia había sido suficientemente pobre como para valorar las cosas buenas, suficientemente acomodada como para probar algunas de esas cosas buenas. Así que Gloria podía apreciar lo bueno y también el esfuerzo necesario para conseguirlo. A los veintidós años era ayudante de compras de unos almacenes de artículos para hombre. (Eso era hacia el final de la guerra). Necesitaba un poco de dinero adicional para un proyecto que le interesaba, así que cantaba en un club todas las noches. En el tiempo «libre» practicaba y estudiaba y al cabo de un año consiguió la licencia de piloto comercial. Pasó el resto de la guerra llevando aviones de un lado para otro.

¿Empiezas a tener una idea del tipo de persona que era?

Fue una de las mujeres más dinámicas que existieron jamás. Era seria y desenvuelta y cualquier cosa menos falsa.

Era fuerte. No, no tienes ni idea; algunos no saben lo fuerte que era. Yo me había olvidado... Irradiaba aquella fuerza. La fuerza la

rodeaba más como una nube que como una armadura, pues detrás de la fuerza ella era tangible. Influyó en todo y en todos los que se le acercaron. A veces tuve la sensación de que el suelo donde estaban sus huellas, las sillas que usaba, las puertas que tocaba y los libros que leía seguían irradiando durante semanas, como los barcos del atolón de Bikini.

Era del todo autosuficiente. Había dado en el clavo cuando insistí en que me llamara antes de vernos de nuevo. Su propia presencia era un halago. Cuando estaba conmigo era, por definición, porque prefería ese sitio a cualquier otro lugar de la tierra. Cuando no estaba conmigo era porque verme en ese momento no habría sido una cosa perfecta, y a su manera era una perfeccionista.

Ay, sí... una perfeccionista. ¡Tendría que haberlo sabido!

Tú también tendrías que saber algo de mí, para que pudieras comprender cuán completamente se hace una cosa como ésta, y cómo se les está haciendo a la mayoría de vosotros.

Tengo veintitantos años y me gano la vida tocando la guitarra. He hecho muchas cosas y tengo un montón de recuerdos de cada una de ellas: cosas que sólo yo puedo conocer. El color de las paredes de la pensión donde me quedé cuando estaba sin trabajo en Port Arthur, Texas, porque la tripulación de mi barco estaba en huelga. El tipo de flores que llevaba aquella muchacha la noche que bajó del crucero en Montego Bay, Jamaica.

Recuerdo, borrosamente, cosas como a mi hermano llorando porque tenía miedo a la aspiradora a los cuatro años. Por lo tanto yo debía de tener tres. Recuerdo pelear con un chico llamado Boaz cuando yo tenía siete años. Recuerdo a Harriet, a quien besé bajo un fragante tulipero un anochecer de verano cuando tenía doce años. Recuerdo el extraño golpe que pegaba aquel batería cuando, y sólo cuando, estaba realmente inspirado, en la época en que yo tocaba en el hotel, y la manera en que el trompetista solía cerrar los ojos al oírlo. Recuerdo el olor exacto del carromato del tigre cuando trabajaba en el circo Barnes, y el peón manco que nos cantaba salomas y descargaba una maza de seis kilos mientras clavábamos las estacas...

Golpea, pega, clava, para, levanta, mitad, cuarto, todo, ¡ya!

... solía gritar mientras las mazas se descargaban en la estaca y la estaca se fundía con el suelo. Y todos aquellos martillos en la herrería de Puerto Rico, y el chico haciendo oscilar una maza en grandes círculos y descargándola en el yunque, mientras el viejo herrero hacía su trabajo casi con delicadeza, con el martillo de dar forma, y después tocaba todas las síncopas conocidas por el hombre haciéndolo rebotar en el yunque entre sus propios golpes y los de la enorme maza metronómica. Recuerdo la respuesta servil bajo mis manos de una excavadora mientras yo movía los mandos, y el olor penetrante producido por la fricción de los tambores. Fue en la misma cantera donde el corpulento capataz finlandés de explosivos murió a causa de una explosión prematura. Estaba al, aire libre y supo que no podría escapar. Se quedó allí erguido, quieto, esperando, ya que no podía hacer nada, y se llevó la mano izquierda a la cabeza. Mi mecánico dijo que trataba de protegerse la cara, pero en el momento yo pensé que estaba saludando algo.

Detalles; eso es lo que estoy tratando de transmitirte. Mi cabeza estaba llena de detalles íntimos, que sólo me pertenecían a mí.

Pasaron algo más de dos semanas —dieciséis días, tres horas y veintitrés minutos, para ser exactos— antes de que me llamase Gloria. Durante ese tiempo casi perdí la calma. Estaba celoso, estaba preocupado, estaba frenético. Me maldije por no haberle pedido el teléfono... ¡Ni siquiera sabía su apellido! Hubo momentos en los que estaba decidido a colgarle si oía su voz, tan ofendido me sentía. Hubo momentos en los que dejaba de trabajar —hacía muchos arreglos para pequeñas orquestas— y me sentaba delante del teléfono silencioso, suplicándole que sonase. Había elaborado un discurso: le preguntaría qué sentía hacia mí antes de permitirle decir cualquier otra cosa. Le exigiría una explicación por su silencio. Actuaría de manera natural y desinteresada. Además...

Pero sonó el teléfono, y era Gloria, y el diálogo fue así:

—Hola.

—¿Leo?

—¡Sí, Gloria!

—Voy para ahí.

—Te espero.

Y eso fue todo. La recibí en la puerta. Nunca la había tocado, salvo por aquel breve contacto de las manos, pero con total confianza, sin pensar en hacer ninguna otra cosa, la abracé y la besé. Todo esto tiene sus aspectos horribles, pero a veces me pregunto si momentos como ése no justifican el horror.

La tomé de la mano y la conduje a la sala. Debido a la presencia de ella, todo ondeaba como si fuera una escena subacuática. El aire tenía un sabor diferente. Nos sentamos juntos con las manos entrelazadas, diciendo aquella cosa muda con la mirada. La besé de nuevo. No le pregunté nada.

Tenía la piel más suave que ha existido. Tenía la piel más suave que el cuello de un ave. Era como aluminio terminado en raso, pero cálido y flexible. Era tan suave como el Grand Marnier entre la lengua y el paladar.

Escuchamos discos: Django Reinhardt y The New York Friends of Rhythm, y *Pasacalle y fuga* de Bach y *Tubby the Tuba*. Le mostré las ilustraciones de Smith para *Fantazius Mallare* y mi libro de grabados de Ed Weston. Vi cosas y oí cosas en todo aquello que nunca había conocido, aunque eran cosas que amaba.

Nada, ni un libro, ni un disco, ni una ilustración, fue nuevo para ella. Por alguna extraña alquimia, había buscado al azar dentro del torrente de expresión estética que había pasado a su lado, y tenía sus preferencias; y prefería esas cosas que yo amaba, pero las amaba exclusivamente a su manera, una manera que yo podía compartir.

Hablamos de libros y de sitios, de ideas y de personas. A su manera, era una especie de mística.

—Creo que hay algo detrás de las viejas supersticiones por las que se invocan demonios y materializaciones de espíritus de difuntos —dijo, pensativa—. Pero no creo que se haya conseguido nada con toda esa superchería de los brebajes y los pentagramas y la piel de sapo rellena de pelo humano enterrada en un cruce una medianoche de mayo, a menos que esos rituales formaran parte de algo mucho más grande, una fuerza puramente psíquica y nada fantasmagórica, producto del propio «mago».

—Nunca pensé demasiado en el tema —dije, acariciándole el

pelo. Era el único pelo no fino que toqué con placer. Como todo lo demás en ella, era fuerte y controlado y brillante—. ¿Probaste alguna vez ese tipo de cosas? Eres una especie de hechicera. Por lo menos sé cuándo estoy hechizado.

—No estás hechizado —dijo Gloria con gravedad—. No te han puesto nada de magia. Tú mismo eres mágico.

—Eres una maravilla —dije—. Y eres mía.

—¡No! —respondió Gloria, con aquella extraña manera que tenía de cambiar la fantasía por la realidad—. No te pertenezco. ¡Me pertenezco a mí!

Debo de haber parecido bastante angustiado, porque de pronto se rió y me besó la mano.

—Lo que te pertenece es sólo una parte grande de «nosotros» —explicó con cuidado—. Fuera de eso tú te perteneces a ti y yo, me pertenezco a mí. ¿Te das cuenta?

—Creo que sí —dije lentamente—. Dije que quería que estuviésemos juntos porque los dos estábamos viajando con nuestra fuerza. No sabía que iba a ser tan cierto, eso es todo.

—No trates de cambiar las cosas, Leo. *Nunca*. Si yo empezara a pertenecerte, dejaría de ser yo misma, y tú no tendrías nada.

—Pareces muy segura de esas vaguedades.

—¡No son vaguedades! Son cosas importantes. Si no fuera por ellas, tendría que dejar de verte. *Dejaría* de verte.

La rodeé con los brazos y apreté con fuerza.

—No hables de eso —susurré, más asustado que nunca en mi vida—. Habla de otra cosa. Termina eso que estabas diciendo de pentagramas y espíritus.

Gloria estuvo callada un momento. Creo que le latía tanto el corazón como a mí, y que también ella estaba asustada.

—Dedico mucho tiempo a leer y a pensar sobre esas cosas —dijo después de un rato de silencio—. No sé por qué. Me fascinan. ¿Sabes una cosa, Leo? Me parece que se ha escrito demasiado acerca de las manifestaciones del mal. Creo que es cierto que el bien es más poderoso que el mal. Y creo que se ha escrito demasiado sobre fantasmas y demonios y cosas que andan tropezando en la noche, como dice la vieja oración escocesa. Creo que se ha destacado demasiado a esas cosas. Son muy notables, pero ¿te has fijado que las cosas notables son, por definición, raras?

—Si los horrores de las pezuñas hendidas y las almas en pena son notables, y lo son, ¿qué es entonces lo común y corriente?

Gloria abrió las manos: manos cuadradas, grandes, capaces y maravillosamente cuidadas.

—Las manifestaciones del bien, por supuesto. Creo que son mucho más fáciles de convocar. Creo que ocurren todo el tiempo. Una mente mala tiene que ser muy malvada para poder proyectarse en una cosa nueva con vida propia. Según todos los relatos que he leído, hace falta una mente muy muy poderosa para convocar incluso a un demonio pequeño. Debe de ser mucho más fácil materializar cosas buenas, porque siguen las pautas de la buena vida. Hay muchas más personas llevando una buena vida que personas totalmente malas con capacidad para materializar cosas malvadas.

—Entonces ¿por qué no hay más personas trayendo cosas buenas del otro lado de esa cortina mística?

—¡Las hay! —gritó Gloria—. ¡Es necesario! ¡El mundo está tan lleno de cosas buenas! ¿Por qué crees que son tan buenas? ¿Qué fue lo que puso la bondad innata en Bach y en las cataratas de Victoria y en el color de tu pelo y en la risa de los negros y en el refresco de jengibre que te hace cosquillas en las ventanas de la nariz?

Sacudí la cabeza lentamente.

—Creo que eso es maravilloso, y no me gusta.

—¿Por qué?

La miré. Llevaba un traje color vino y un pañuelo de seda del color de la caléndula en el cuello. El pañuelo le reflejaba el cálido color aceitunado de la barbilla. Me acordé de lo que me dijo mi abuela cuando era muy pequeño: «Vamos a ver si te gustan los botones», y me puso un botón de oro debajo de la barbilla para ver cuánto amarillo reflejaba.

—Eres buena —dije despacio, buscando con cuidado las palabras—. Eres lo mejor que ha ocurrido jamás. Si lo que dices es cierto, tú podrías ser una sombra, un sueño, un pensamiento glorioso que tuvo alguien.

—Ay, idiota —dijo Gloria con lágrimas repentinas en los ojos—. ¡Qué hermoso pedazo de idiota! —Me apretó con fuerza y me mordió la mejilla con tanta intensidad que solté un grito—. ¿Eso es real?

—Si no lo fuera —dije, conmocionado—, me gustaría seguir soñando.

Se quedó otra hora —si es que existía el tiempo cuando estábamos juntos— y después se fue. Para entonces yo tenía su número de teléfono. Un hotel. Después que se hubo ido anduve dando vueltas por el apartamento, mirando las pequeñas arrugas que quedaban donde se había sentado en el sofá, tocando la copa que ella había tenido en la mano, mirando la anodina superficie negra de un disco, maravillándome de la manera en que los surcos habían desenroscado el Pasacalle para ella. Lo más maravilloso de todo fue la manera especial que descubrí de volver la cabeza mientras caminaba. Su fragancia seguía adherida a mi mejilla, y si volvía la cara de esa manera, la sentía. Pensé en cada uno de esos muchos minutos que había pasado con ella, en las cosas que habíamos hecho. También pensé en las cosas que no habíamos hecho —sé que te lo estabas preguntando— y me enorgullecí de ellas. Porque sin decir una palabra habíamos acordado que aquello que valía la pena bien podía esperar, y que donde la fe es total la exploración está fuera de lugar.

Volvió al día siguiente, y al otro. La primera de esas visitas fue maravillosa. Sobre todo, cantamos. Aparentemente yo conocía todas sus canciones preferidas. Y por un feliz accidente, mi tono preferido en la guitarra —si bemol— estaba exactamente dentro de su encantador registro de contralto. Toqué maravillosamente la guitarra siguiendo y rodeando lo que ella cantaba. Nos reímos mucho, sobre todo de cosas que eran secretos entre nosotros —¿acaso hay algún amor en alguna parte sin su propio lenguaje?— y durante un largo rato hablamos de un libro llamado *El manantial*, que aparentemente le había producido el mismo efecto que a mí; bueno, es un libro extraordinario.

Fue ese día, después que se marchó, cuando empezaron a pasar cosas raras: las cosas raras que conducirían a un verdadero terror. No hacía ni siquiera una hora que se había ido cuando oí el asustado alboroto de pequeñas garras en el salón. Estaba enfrascado en la parte del contrabajo de un arreglo para trío y levanté la cabeza y escuché. Era el correteo más aterrorizado imaginable, como si un regimiento de tritones y salamandras hubiese roto filas en salvaje retirada. Recuerdo con claridad que el pequeño susurro

de garras no me inquietó nada, pero el horror que había detrás de ese movimiento me sobresaltó de maneras que no eran nada agradables.

¿*De qué escapan?* era infinitamente más importante que ¿*Qué son?*

Despacio, dejé el manuscrito y me levanté. Fui hasta la pared y, siguiéndola, caminé hasta el arco de entrada, no tanto para esconderme como para sorprender a la *cosa* que tanto había aterrorizado a los dueños de aquellos pequeños y asustados pies.

Y fue la primera vez que pude sonreír mientras se me erizaban los pelos de la nuca. Pues allí no había nada; nada que brillase en la oscuridad antes de encender la luz, nada después. Pero los pies — debía de haber cientos— corrieron más rápido, golpeando y arañando en un perfecto *crescendo* de aterrorizada huida. Eso era lo que hacía que se me erizasen los pelos de la nuca. Lo que me hacía sonreír...

¡Los sonidos partían de *mis* pies!

Me quedé allí quieto, con los ojos doloridos por el esfuerzo para ver aquella desbandada invisible; y desde el umbral, a derecha e izquierda y hacia adelante, hacia los últimos rincones de la sala, corrían los sonidos de las pequeñas patas y zarpas. Era como si se generaran debajo de las plantas de mis pies y después huyeran desesperados. Ninguno corría a mis espaldas. Parecía haber algo que les impedía ir al salón. Di otro cauteloso paso entrando en la sala, y ahora corrieron a mis espaldas, pero sólo hasta el arco de entrada. Oía cómo llegaban hasta allí y se escabullían hacia las paredes laterales. ¿Te das cuenta de qué era lo que me hacía sonreír?

¡Yo era el terror que tanto los asustaba!

El ruido fue disminuyendo poco a poco. No era que disminuyera en general, sino que cada vez había menos criaturas huyendo. Se fue apagando rápidamente, y al cabo de unos noventa segundos se había reducido a correteos esporádicos. Una criatura invisible corrió a mi alrededor, una y otra vez, como si todos los invisibles agujeros de las paredes estuvieran tapados y anduviera buscando uno frenéticamente: Encontró uno y desapareció.

Entonces me reí y volví a mi trabajo. Recuerdo que después de ese episodio me quedé pensando un rato con claridad. Recuerdo

haber escrito un pasaje de un *glissando* que era un golpe de genio: algo que enloquecería al jefe pero que garantizaba enloquecer aún más a los clientes si se lo podía ejecutar. Recuerdo haberlo tarareado entre dientes, y sentirme muy satisfecho conmigo mismo.

Y entonces sentí el ataque de la reacción.

Esas pequeñas zarpas...

¿Qué me estaba sucediendo?

Pensé enseguida en Gloria. *Aquí actúa alguna mortífera ley de compensación*, pensé. Por cada luz amarilla, una sombra violeta. Por cada carcajada, un grito de angustia en alguna parte. Por la felicidad de Gloria, un toque de terror para equilibrar las cosas.

Me pasé la lengua por los labios porque los tenía húmedos y la lengua seca.

¿Qué me estuvo pasando?

Pensé otra vez en Gloria y en los colores y sonidos de Gloria, y sobre todo en la realidad, en la sólida normalidad de gloria, a pesar de su exquisito sentido de la fantasía.

No podía enloquecer. ¡No *podía*! ¡No *ahora*! Sería... inoportuno.

¡Inoportuno! En ese momento me pareció tan aterrador como lo era el grito de «Impuro» en la Edad Media.

Gloria, querida, tendría que decir. Mi amor, tendremos que dar por terminada esta relación. Estoy chiflado, sabes. Ay, hablo en serio. Sí, de veras. Los hombres de blanco vendrán con su furgoneta hasta la puerta y me llevarán a la academia de la risa. Y no nos veremos más. Una gran pena. Ahora dame un fuerte apretón de manos y búscate otro hombre.

—¡Gloria! —grité.

Gloria era todos esos colores, y los encantadores sonidos, y la fragancia adherida a mi mejilla que olía cuando la movía yladeaba la cabeza de aquella manera.

—Ah, no lo sé —dije con un quejido—. ¡No sé qué hacer! ¿Qué es? ¿Qué es?

—*Sicigia*.

—*¿Qué?* —De repente levanté la cabeza y miré frenéticamente alrededor. A cincuenta centímetros por encima del sofá flotaba la cara de mi jovial fantasma de la calle delante de Murphy's

—. ¡Tú! ¡Ahora sé que estoy fuera de mis...! ¡Eh! ¿Qué es sicigia?

—Lo que te está pasando.

—Bueno, ¿qué es lo que me está pasando?

—Sicigia.

La cabeza sonrió con mucho encanto. Puse mi cabeza en sus manos. Hay un grado emocional a partir del cual nada sorprende, y yo lo había alcanzado.

—Por favor, explícame —dijo débilmente—. Dime quién eres y qué es eso de sici... lo que sea.

—Yo no soy nadie —dijo la cabeza—, y la sicigia es concomitante de los animales partenogenéticos y de otras formas de vida inferiores. Creo que lo que ocurre es *sicigia*. Si no lo fuera... — La cabeza desapareció y apareció una mano que hizo chasquear explosivamente los dedos con forma de espátula —desapareció la mano y reapareció la cabeza, sonriendo—... serías un caso perdido.

—No *hagas* eso —dije, abatido.

—¿Que no haga qué?

—Eso de darme la información con cuentagotas. ¿Por qué lo haces?

—Ah, eso. Ahorro de energía. También funciona aquí, sabes.

—¿Dónde es «aquí»?

—Eso resulta un poco difícil de explicar hasta que uno entiende el truco. Es un sitio donde existen proporciones inversas. Quiero decir que si algo se dispone allí en proporción de tres a cinco, aquí la proporción es de cinco a tres. Las fuerzas deben equilibrarse.

Casi lo entendía. Lo que decía aquella cabeza casi tenía sentido. Abrí la boca para hacerle otra pregunta pero había desaparecido.

Después me quedé allí sentado. Quizá lloré.

Y Gloria vino al día siguiente. Eso fue malo. Hice dos cosas que no debía hacer. Primero, le oculté información, cosa imperdonable. Si vas a compartir todo, debes compartir también lo malo. La otra cosa que hice fue interrogarla como un adolescente celoso.

Pero ¿qué más podía esperar? Todo había cambiado. Todo era diferente. Le abrí la puerta y Gloria pasó a mi lado con una sonrisa, no muy cálida por cierto, dejándome allí con los brazos abiertos y en una postura torpe.

Se quitó el abrigo y se acurrucó en el sofá.

—Leo, pon algo de música.

Me sentía destruido y sabía que mi aspecto no lo desmentía. ¿Ella se daría cuenta? ¿Le importaría? ¿Tendría alguna importancia

lo que yo sintiese, lo que yo estuviese sufriendo?

Fui y me detuve delante de ella.

—Gloria —dije en tono severo—, ¿dónde has estado?

Me miró y soltó un pequeño y retrospectivo suspiro que me puso verde y me hizo brotar cuernos en la cabeza. Era un sonido de felicidad y satisfacción. La fulminé con la mirada. Ella esperó un momento más y después se levantó, encendió el amplificador y el tocadiscos y buscó *La danza de las horas*; subió el volumen, agregó demasiados bajos y puso el amplificador, que es lo que no se debe hacer con ese disco. Atravesé la habitación y bajé el volumen.

—Por favor, Leo —dijo en tono ofendido—. Me gusta así.

Con rabia fui y subí de nuevo el volumen; después me senté con los codos apoyados en las rodillas. Estaba frenético. Aquello era un desastre.

Sé lo que tendría que hacer, pensé sombríamente. Tendría que arrancar el enchufe del equipo y echarla de aquí.

¡Qué razón tenía! Pero no lo hice. ¿Cómo iba a poder hacerlo? ¡Era Gloria! Al mirarla y ver que ella me estaba observando con aquella mueca, no lo hice. Bueno, ya era demasiado tarde. Me miraba comparándome con...

Sí, eso era. Me comparaba con alguien. Alguien que era diferente de ella, alguien que pasaba por encima de todo lo que ella tenía de delicado y sutil, todo lo que a mí me gustaba y compartía con ella. Y ella, por supuesto, se lo tragaba.

Me refugié en la táctica de dejar que ella diera el primer paso. Creo que entonces me despreció. Y con razón.

Entonces me atravesó la mente un diálogo que había oído una vez:

—¿Nos quieres, Alf? —Sí.

—Entonces péganos un poco.

¿Te das cuenta? Sabía lo que tenía que hacer, pero...

Pero se trataba de Gloria, y no *podía*.

Terminó el disco, y ella dejó que el automático parara el plato giratorio. Creo que esperaba que yo fuera a darle vuelta. No lo hice.

—Está bien, Leo —dijo con voz cansada—. ¿Qué pasa?

Me dije: «Empezaré con lo peor que podría ocurrir. Ella lo

negará y entonces al menos me sentiré mejor». Así que se lo dije.

—Has cambiado. Hay algún otro.

Gloria me miró y sonrió.

—Sí —dijo—. Claro que sí.

—¡Uff! —dije, porque me dio en el plexo solar. Me senté bruscamente.

—Se llama Arthur —dijo con ojos soñadores—. Es un hombre verdadero, Leo.

—Ah —dije con amargura—. Entiendo. Sombra de barba a las cinco y la cabeza llena de sustancia blanca. Un tupé en el pecho y lenguaje de capataz. Mucho hombro, poca cadera y, para citar a Thorne Smith, voz tan baja como sus intenciones. Un hombre que nunca aprendió la diferencia entre comer y cenar, cuya idea de la calentura consiste en...

—Basta —dijo Gloria. Lo dijo con naturalidad, sin levantar la voz. Como yo sí la levantaba, contrastaba lo suficiente como para tener un efecto decididamente ensordecedor. Me quedé allí con la mandíbula floja mientras ella proseguía—: Leo, no seas venenoso.

Que ella usara esa frase tan de mujer a mujer era un insulto deliberado, y los dos lo sabíamos. De repente me invadió lo que los franceses llaman *esprit*

d'escalier

, el ingenio de la escalera; en otras palabras, el conocimiento tardío de lo que uno tendría que haber dicho si lo hubiera pensado a tiempo, eso que uno farfulla con frustración mientras baja por las escaleras hacia la puerta. Tendría que haberla abrazado cuando me esquivó al entrar; tendría que haberla ahogado en... —¿cómo era aquella frase sensiblera?— «en besos que les partieron los labios a los dos con salado y exquisito dolor». Después tendría que haberla amenazado con unas tijeras dentadas.

Entonces pensé en la rutilante y equilibrada estructura de abnegación que había construido con ella y estuve a punto de llorar.

—¿Por qué vienes aquí a pavonearte? —grité—. ¿Por qué no te llevas a tu *bulldozer* humano y atravesas con él un par de horizontes? ¿Por qué vienes a restregármelo por las narices?

Se levantó, pálida y más encantadora de lo que jamás pensé que podía parecer un ser humano, tan hermosa que tuve que cerrar los ojos.

—Vine porque necesitaba tener algo con que compararlo —dijo con voz segura—. Eres todo lo que he soñado, Leo, y mis sueños son... muy detallados... —Finalmente se le entrecortó la voz, y tenía los ojos brillantes—. Arthur es... es... —Sacudió la cabeza. Le falló la voz; tuvo que susurrar—. De ti sé todo, Leo. Sé cómo piensas, y lo que vas a decir, y qué te gusta, y eso es maravilloso, maravilloso... pero Leo, Arthur es algo que está fuera de mí. ¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta? No siempre me gusta lo que hace Arthur. *¡Pero no sé qué va a hacer!* Tú... tú, Leo, Leo querido, compartes todo pero no... ¡no te llevas nada!

—Oh —dijo con voz ronca.

Sentía tenso el cuero cabelludo. Me levanté y eché a andar por la sala hacia ella. Me dolía la mandíbula.

—Para, Leo —dijo ella respirando entrecortadamente—. Para ya. Puedes hacerlo, pero sería una actuación. Nunca actuaste. Sería una equivocación. No echas a perder lo que queda. No, Leo... no... no...

Tenía razón. Tenía mucha razón. Siempre tenía razón en cuanto a mí; me conocía muy bien. Ese tipo de melodrama no encajaba con mi manera de ser. Tendí la mano hacia ella. Le agarré el brazo y ella cerró los ojos. Sufrí cuando mis dedos la apretaron. Tembló pero no trató de soltarse. Le agarré la muñeca y se la levanté. Di vuelta a la mano y le puse un beso en la palma y le cerré los dedos.

—Guarda eso —dijo—. Quizá te guste tenerlo alguna vez.

Entonces dejé que se fuera.

—Oh, Leo, querido —dijo—. Querido —dijo, haciendo una mueca...

Dio media vuelta para irse. Y en ese momento...

—¡Ahhh!

Soltó un grito desgarrador y se volvió hacia mí, casi derribándome al suelo en su prisa por huir de *Abernathy*. Me quedé allí sosteniéndola con fuerza mientras ella empujaba, y se apretaba contra mí, y entonces me eché a reír. No lo sé: quizá era una reacción. Pero me reí a carcajadas.

Abernathy es mi ratón.

Nuestra relación empezó poco después de llegar yo al

apartamento. Sabía que el pequeño sinvergüenza estaba allí porque encontré pruebas de sus depredaciones debajo del fregadero, donde guardaba las patatas y la verdura. Así que salí a comprar una trampa. En esos tiempos no era fácil encontrar el tipo de trampa que yo quería; tardé cuatro días y me costó una pequeña fortuna en taxis dar con una. Lo que pasa es que no soporto esas que lanzan una barra de alambre sobre la parte del ratón que tiene más cerca, de manera que el pobre bicho muere entre chillidos agónicos. Quería —y por suerte conseguí— uno de esos cestos de alambre preparados de tal manera que, al tocar el cebo, un resorte cierra la puerta y el ocupante queda dentro.

Atrapé a *Abernathy* con ese artilugio la primera noche. Era un pequeño ratón gris con orejas muy redondas, hechas de un tejido finísimo y cubiertas con la pelusa más suave del mundo. Además, eran traslúcidas, y si se miraba con atención se veía una meticulosa línea de vasos sanguíneos. Siempre sostendré que *Abernathy* debía su éxito en la vida a la belleza de sus orejas. Nadie que se jactase de tener alma podría destruir semejante tracería divina.

Bueno, lo dejé allí solo hasta que superó el susto y la desesperación, hasta que tuvo hambre y se comió todo el cebo, y unas cuantas horas más. Cuando pensé que estaba preparado para atender a razones puse la trampa sobre mi mesa y le di un buen sermón.

Le expliqué detenidamente (claro que en lenguaje sencillo) que roer y echar a perder los alimentos de esa manera era el colmo de lo antisocial. Le expliqué que de niño me habían enseñado a terminar todo lo que empezaba a comer, y que lo seguía haciendo, y yo era un ser humano y mucho más grande y fuerte y listo que él. Y lo que a mí me servía, a él le serviría por lo menos para probarlo. Expliqué todas las reglas a aquel ratón. Dejé que se lo pensase un rato y después le metí queso entre los barrotes hasta que la barriga se le puso como una pelota de pimpón. Después lo dejé salir.

A partir de ahí no hubo señales de *Abernathy* durante un par de días. Entonces volví a atraparlo; pero como no había robado nada lo dejé con una advertencia —muy amistosa esta vez; la primera, por supuesto, había estado bastante severo— y con un poco más de

queso. Una semana más tarde lo estaba atrapando todas las noches, y el único problema que tuve con él fue una vez en la que puse el cebo en la trampa y la dejé cerrada. No podía llegar al queso y armó un buen lío hasta que me desperté y lo dejé entrar. Después de eso supe que habíamos establecido buenas relaciones y prescindí de la trampa y simplemente le dejaba queso. Al principio no lo comía si no estaba en la trampa, pero su confianza aumentó tanto que terminó comiéndolo en el suelo. Hacía ya tiempo que le había advertido que tuviese cuidado con la comida envenenada que le podían dejar los vecinos, y creo que se asustó como corresponde. La verdad es que se portó de maravilla.

Pues allí estaba Gloria, totalmente petrificada, y en el centro del suelo de la sala estaba *Abernathy*, moviendo la nariz y frotándose las manos. En medio de la carcajada me dio cierto cargo de conciencia. ¡*Abernathy* no había recibido nada de queso los últimos dos días! *Sic semper amoris*. Había estado tan preocupado por Gloria que no había cumplido con mis responsabilidades.

—Querida, yo me ocuparé de él —le dije a Gloria en tono tranquilizador.

La llevé hasta un sillón y fui a buscar a *Abernathy*: Sé hacer un ruido apoyando la lengua contra los dientes delanteros, una mezcla de silbido y chillido, y siempre lo hacía cuando le daba queso a *Abernathy*. El ratón echó a correr hacia mí, vio a Gloria, vaciló, hizo un movimiento de cola como diciendo «vete al demonio», se volvió hacia mí y trepó por la pierna de mi pantalón.

Por el lado de afuera, por suerte.

Después se me aferró con fuerza a la palma de una mano mientras yo hurgaba con la otra en el refrigerador buscándole algo de queso. No lo agarró rápidamente; esperó a que yo le mirase de nuevo las orejas. Jamás se habían visto orejas tan hermosas. Le di el queso, rompí otro trozo como postre y lo puse en el rincón cerca del fregadero. Después volví junto a Gloria, que me había estado mirando con los ojos muy abiertos, temblando.

—Leo... ¿cómo puedes *tocarlo*?

—Es agradable. ¿Nunca tocaste un ratón?

Gloria se estremeció.

—No los soporto.

—¿A los ratones? ¡No me digas que tú, nada menos, tienes de

verdad la tradicional fobia victoriana a los ratones!

—No te rías de mí —dijo ella con voz débil—. No me pasa sólo con los ratones. Me pasa con todos los animales pequeños: ranas y lagartos y hasta gatitos y cachorros. Me gustan los perros y los gatos y los caballos grandes. Pero por algún motivo... —Volvió a temblar—. Si oigo algo parecido a zarpas corriendo por el suelo, o si veo a cosas pequeñas escabulléndose por las paredes, me da un ataque.

La miré boquiabierto.

—Si oyeras... Eh, qué suerte que anoche no te quedaras una hora más.

—¿Anoche? —Y después—: Anoche... —dijo, con una voz totalmente diferente, con ojos que miraban hacia adentro, felices. Se rió entre dientes—. Anoche le contaba... a Arthur lo de esta fobia mía.

Si creía que mi magistral manejo del ratón iba a servir para algo, aparentemente me equivocaba.

—¿Por qué no te largas? —dije con amargura—. Arthur puede estar esperándote.

—Sí —dijo Gloria sin ningún grado de irritación—, es posible. Adiós, Leo.

—Adiós.

Durante un rato nadie dijo nada.

—Bueno —dijo ella—, adiós.

—Sí —dije—, te llamaré.

—Hazlo —dijo Gloria, y salió.

Me quedé sentado en el sofá un largo rato, tratando de acostumbrarme a la situación. Las ilusiones no servían para nada; lo sabía muy bien. Algo había ocurrido entre nosotros. Se llamaba sobre todo Arthur. Lo único que no entendía era cómo se había metido, teniendo en cuenta la relación que había entre Gloria y yo. En toda mi vida, en todo lo que había leído, jamás había encontrado tal fusión de dos individuos. Los dos lo habíamos sentido en el momento de conocernos; pero la relación no tuvo tiempo de envejecer. Arthur tenía que luchar contra una competencia increíble, pues una de las cosas ciertas era que Gloria correspondía perfectamente mis sentimientos, y uno de mis sentimientos era la fe. Entendía —si me esforzaba mucho— que otro hombre pudiese superar este o aquel dominio que yo tenía

sobre ella. Hay hombres más inteligentes que yo, más guapos que yo, más fuertes. Cualquiera de esas cualidades podía irse por la borda y dejarnos intactos.

¡Pero no la fe! ¡Eso no! Era demasiado grande; nada más de lo que teníamos era suficientemente importante como compensar la pérdida de la fe.

Me levanté para encender la luz y resbalé. El suelo estaba mojado. No sólo estaba mojado: estaba blando. Caminé con torpeza hacia la lámpara y moví los dos interruptores.

La habitación estaba cubierta de tapioca. En el suelo me llegaba a la rodilla, y en las sillas y en el sofá tenía varios centímetros de espesor.

—Ella está pensando en la tapioca en ese momento —dijo la cabeza. Sólo que esta vez no era una cabeza. Era una masa flácida de tejido plegado. Dentro de él veía cómo latían los vasos sanguíneos. Sentí que se me revolvía el estómago.

—Lo siento. Estoy fuera de foco.

La cosa repugnante —aparentemente un cerebro seccionado— se me acercó más y se convirtió en una cara.

Levanté un pie de la masa gomosa, lo sacudí y volví a apoyarlo.

—Me alegro de que se haya ido —dije con voz ronca.

—¿Te da miedo esa cosa?

—¡No! —dije—. ¡Claro que no!

—Ya desaparecerá —dijo la cabeza—. Escucha; lamento tener que decírtelo. No es sicigia. Estás acabado, hijo.

—¿Qué no es sicigia? —exigí—. Y ¿qué es sicigia?

—Arthur. Todo el asunto con Arthur.

—Vete —dije apretando los dientes—. Di algo sensato o vete. En lo posible... vete.

La cabeza se movió a un lado y a otro con expresión amable.

—Date por vencido —dijo—. Quédate en paz. Recuerda las cosas que fueron buenas y desaparece.

—No eres bueno conmigo —mascullé, y fui arrastrando los pies hasta la biblioteca.

Saqué un diccionario, fulminando con la mirada a la cabeza, que ahora registraba una mezcla de lástima y diversión.

De repente, la tapioca desapareció.

Hojeeé el diccionario. Sicalíptico, sicambro, sicamor, sicano...

—Aquí está —dije triunfalmente. Leí del libro—. «Conjunción u oposición de la Luna con el Sol». ¿Qué tratas de decirme? ¿Que estoy atrapado en medio de alguna superchería astrológica?

—De ninguna manera —contesto la cabeza—. Pero te diré que si eso es lo único que dice tu diccionario, no es un buen diccionario.

La cabeza desapareció.

—Pero —dije vagamente.

Volví al diccionario. Eso era todo lo que decía sobre la sicigia. Temblando, lo puse de nuevo en su estante.

Algo peludo, del tamaño de un gato, saltó por el aire y me arañó en el hombro. Sobresaltado, retrocedí hacia el armario de los discos y aterricé de espalda debajo del arco de la puerta. La cosa brincó desde mi hombro al sofá y se quedó erguida, acomodando la larga y ancha cola contra la espalda y mirándome con ojos enojados. Una ardilla.

—¡Vaya! ¡Hola! —dije, poniéndome de rodillas y después de pie—. ¿De dónde diablos sales?

La ardilla, con el movimiento instantáneo de su raza, se lanzó en picado hasta el borde del sofá y se quedó allí inmóvil con las cuatro patas separadas, la cabeza levantada, describiendo exactamente su reciente trayectoria y preparada para saltar instantáneamente en cualquier dirección, incluyendo hacia arriba. La miré con algo de desconcierto.

—Iré a ver si tengo nueces —le dije.

Avancé hacia el arco de la puerta, y al hacerlo la ardilla me saltó encima. Levanté una mano para protegerme la cara. La ardilla volvió a pegarme en el hombro, y desde allí saltó...

Y por lo que sé saltó a la cuarta dimensión o a cualquier otra parte. Pues miré debajo de cada cama, silla, armario, aparador y estante de la casa y no encontré ninguna señal de nada que se pareciese a una ardilla. Había desaparecido tan completamente como las masas de tapioca...

¡Tapioca! ¿Qué había dicho la cabeza de la tapioca?

—Ahora está pensando en ella.

Ella... Gloria, por supuesto. Toda esa locura estaba de algún modo relacionada con Gloria. Gloria no sólo detestaba la tapioca: le

tenía miedo.

Me quedé un rato pensando en todo aquello, y entonces miré el reloj. Gloria había tenido tiempo suficiente para volver al hotel. Corrí al teléfono y disqué el número.

—Hotel San Dragon —dijo una voz de chicle.

—Habitación 748, por favor —pedí con urgencia. Un par de chasquidos. Después:

—Hola.

—Gloria —dije—. Escucha. Yo...

—Ah, eres tú. ¿Me puedes llamar más tarde? Estoy muy ocupada.

—Puedo y lo haré, pero dime algo rápidamente: ¿Tienes miedo a las ardillas?

No me digas que no se puede enviar un estremecimiento por la línea telefónica. Uno llegó en aquel momento.

—Las odio. Llámame de nuevo dentro de...

—¿Por qué las odias?

Con exagerada paciencia, midiendo las palabras, Gloria dijo:

—Cuando era niña, estaba dando de comer a unas palomas y me saltó una ardilla al hombro. Me dio un susto de muerte. Ahora, *por favor*...

—De acuerdo, de acuerdo —dije—. Hablaré contigo más tarde.

Colgué. No tendría que hablar conmigo de aquella manera. No tenía derecho...

Pero ¿qué hacía en aquella habitación de hotel?

Escondí el feo pensamiento en alguna parte y fui a servirme una cerveza. Gloria tiene miedo a la tapioca y la tapioca aparece aquí. Tiene miedo al ruido de las patas de animales pequeños y lo oigo aquí. Tiene miedo a las ardillas que saltan sobre la gente y me encuentro con una ardilla que salta sobre la gente.

Todo eso debe de tener algún sentido. Por supuesto, podría tomar el camino fácil y admitir que estaba loco. Pero por algún motivo ya no estaba dispuesto a admitir semejante cosa. Por dentro, hice un pacto conmigo mismo de no admitir aquello hasta que hubiese agotado todas las demás posibilidades.

Un asunto muy estúpido. Trata de no hacer lo mismo. Quizá sea

mucho más inteligente no tratar de entender las cosas.

Sólo había una persona, pensé de repente, que podía enderezar aquel lío —ya que la cabeza no podía—, y esa persona era Gloria. Entonces entendí por qué no había jugado antes. Tenía miedo de poner en peligro aquello que compartíamos Gloria y yo. Pero tenía que reconocer que ya no lo compartíamos. Ese reconocimiento me ayudó.

Caminé hasta el teléfono y marqué el número del hotel.

—Hotel San Dragon.

—Habitación 748, por favor.

Un momento de silencio. Después:

—Lo siento, señor. La persona de esa habitación ruega que no se la moleste.

Me quedé allí mirando el teléfono, sin comprender, mientras el dolor daba vueltas y me subía por el cuerpo. Creo que hasta ese momento había tratado la situación como una mezcla de enfermedad y de sueño; pero eso hizo que todo se volviera más tangible. Nada que ella hubiese podido hacer habría sido tan calculado y tan cruel.

Colgué el auricular y eché a andar hacia la puerta. Antes de llegar, una niebla gris me envolvió. Por un momento sentí como si estuviera caminando sobre una rueda; caminaba pero no llegaba a ninguna parte. Entonces, de repente, todo volvió a ser normal.

—Debo de estar en un muy mal día —mascullé.

Sacudí la cabeza. Era increíble. Me sentía bien, aunque un poco mareado. Fui hasta la puerta y salí.

El viaje al hotel fue la peor pesadilla. La única conclusión a la que podía llegar era que yo tenía algún problema extraño y serio, aparte de la furia y el dolor que sentía por lo que pasaba con Gloria. Seguía golpeándome la cabeza contra la pared mientras alrededor todo adquiría un aspecto irreal. La luz no parecía natural. En la calle pasaba al lado de personas que no estaban allí cuando me volvía para mirarlas. Oía voces donde no había gente, y veía hablar a gente que no tenía voz. Tuve que dominarme para no volver a casa. No podía volver; lo sabía; sabía que tenía que enfrentar aquella locura, y que Gloria tenía algo que ver con ella.

Finalmente encontré un taxi, aunque juro que uno de ellos desapareció cuando iba a meterme en él. Habrá sido otra de aquellas ilusiones. Después todo fue más fácil. Me desplomé temblando en una esquina del asiento, con los ojos cerrados.

Al llegar al hotel pagué al conductor y entré tropezando por la puerta giratoria. El hotel parecía mucho más sólido que todo lo demás desde que me habían empezado a pasar todas aquellas cosas horribles. Fui hacia la recepción, decidido a dar al recepcionista un mensaje de vida o muerte que anulase aquella torturante orden de «no molestar». Miré hacia la cafetería al pasar por delante de la puerta y me detuve en seco.

Gloria estaba allí, en un reservado, con... con otra persona. Del hombre no veía más que una cabeza con pelo negro brillante y un cuello grueso y rubicundo. Gloria le sonreía: la sonrisa que yo creía que había nacido y crecido para mí.

Caminé hacia allí a grandes zancadas, temblando. Cuando llegué junto a ellos, el hombre se levantó un poco, se inclinó sobre la mesa y la besó.

—Arthur... —musitó ella.

—Basta —dije con firmeza.

No se movieron.

—¡Basta! —grité.

No se movieron. Nada se movía, en ninguna parte. Aquello era un cuadro vivo, una fotografía, una maldita cosa congelada para destrozarme.

—Eso es todo —dijo con suavidad una voz ya conocida—. Ese beso define la situación. Estás acabado.

Era la cabeza, pero ahora era un hombre completo, una criatura normal y corriente de edad madura, con un cuerpo flaco y huesudo que hacía juego con aquella cara sosa de persona mayor. Se sentó en el borde de la mesa, separándose de aquel beso torturador.

Le eché las manos encima y lo aferré por los delgados hombros.

—Dime qué es eso —le supliqué—. Dímelo si lo sabes... Creo que lo sabes. ¡Dímelo! —rugí, hundiéndole los dedos en la carne.

El hombre levantó las manos y me las apoyó con suavidad en las muñecas, y las dejó allí hasta que me tranquilicé un poco. Lo solté.

—Lo *siento*, hijo —dijo—. Tenía la esperanza de que entendieras todo tú solo.

—Lo intenté —dije. Miré alrededor. Volvía a estar aquella neblina grisácea, y a través de ella veía las figuras inmóviles de las personas que había en la cafetería, todas congeladas en pleno movimiento. Era un fotograma tridimensional de una inimaginable película. Sentí que un sudor frío me brotaba por los poros de la cara —. ¿Dónde estoy? —chillé.

—Por favor —me tranquilizó—. Cálmate y te lo contaré. Ven aquí y siéntate y relájate. Cierra los ojos y no trates de pensar. Escucha.

Hice lo que me pedía y poco después dejé de temblar. Esperé hasta que sintió que yo me había calmado y entonces empezó a hablar.

—Hay un mundo de cosas psíquicas: llamémoslas pensamiento vivo, si quieres, o sueños. Pero entre todos los animales sólo el hombre puede llegar a esas cosas psíquicas. Fue un accidente biológico. Los seres humanos tienen algo que toca ese mundo psíquico en un plano tangente. Tienen el poder de abrir una puerta entre los dos mundos, pero rara vez controlan ese poder, y muchas veces ni siquiera son conscientes de él. Pero cuando se abre esa puerta, algo se materializa en el mundo de los humanos. Para hacer eso basta con la imaginación. Si en lo hondo tienes avidez por cierto tipo de mujer, y si te la representas de manera suficientemente vívida, la puerta puede abrirse y entrar por ella la mujer. Puedes verla y tocarla; será muy poco diferente de una mujer verdadera.

—Pero... ¿hay alguna diferencia?

—Sí, claro que sí. No es algo independiente de ti. Es parte tuya. Es producto tuyo. Hacia eso apuntaba cuando hablé de la partenogénesis, que funciona así.

—La partenogénesis... Es el proceso de reproducción sin fertilización, ¿verdad?

—Exacto. Esa «materialización» tuya es un paralelo perfecto. Pero como ya te dije, no es un proceso con un alto valor de supervivencia. Por un lado, no permite mezclas genéticas. Si una criatura viva no incorpora otras características, debe morir.

—Entonces, ¿por qué no mueren todas las criaturas partenogenéticas?

—Se utiliza un proceso mediante el cual las formas de vida simples, unicelulares, se encargan de eso. Recuerda —señaló de

pronto— que uso toda esta terminología biológica de manera simbólica. Hay leyes básicas que obran en ambos mundos, en el mundo de las formas de vida superiores y en las formas de vida inferiores. ¿Te das cuenta?

—Me doy cuenta. Ésos son sólo ejemplos. Pero explícame cómo hacen las criaturas partenogenéticas para mezclar su material genético.

—Es muy sencillo. Dos de esos organismos dejan que sus núcleos confluyan durante un rato. Después se separan y cada uno sigue por su lado. No es de ninguna manera un proceso reproductor. Es simplemente una manera de obtener cada uno una parte del otro. Eso se llama... sicigia.

—Ah —dije—. Eso. Pero todavía no... A ver. Lo mencionaste por primera vez cuando...

—Cuando Gloria conoció a Arthur —dijo el hombre, terminando la frase—. Dije que si fuera sicigia todo estaría bien. Y no lo era, como pudiste comprobar. El material genético externo, aunque no era tan compatible como el tuyo, era demasiado fuerte. Eso te hizo sufrir. Bueno, al funcionar las leyes realmente básicas, siempre hay algo que sufre.

—¿Y tú? ¿Quién eres tú?

—Soy simplemente alguien que ha pasado por todo eso. Debes entender que mi mundo es diferente del que recuerdas. El propio tiempo es diferente. Aunque empecé en un tiempo que está quizá a treinta años de distancia, pude abrir una puerta cerca de ti. Una puerta pequeña, por supuesto. Lo hice para intentar hacerte pensar a tiempo sobre el asunto. Creo que si lo hubieras hecho te habrías ahorrado todo esto. Quizá hasta te podrías haber quedado con. Gloria.

—¿Qué significa esto para ti?

—¿No lo sabes? ¿De veras no lo sabes?

Abrí los ojos y lo miré, y sacudí la cabeza.

—No, no lo sé. Pero me caes bien... viejo.

El hombre ahogó una risita.

—Qué raro. Yo no me caigo bien.

Estiré el cuello y miré a Gloria y a su hombre, todavía inmóviles en

pleno beso.

—¿Toda esa gente soñada quedará así para siempre?

—¿Gente soñada?

—Supongo que es eso. ¿Sabes una cosa? Estoy bastante orgulloso de Gloria. No sé cómo pude hacer para soñar algo así... tan encantador. Eh... ¿Qué pasa?

—¿No entendiste lo que te dije? Gloria es verdadera. Gloria sigue viviendo. Lo que ves ahí es lo que sucedió cuando dejaste de ser parte de ella. Leo: ¡ella te soñó a *tí*! Tú sólo eres un sueño detallado, Leo, un espléndido trabajo. Eres un fragmento de psiquis de otro mundo inyectado en un ideal que Gloria soñó. No trates de ser ninguna otra cosa. No hay muchos seres humanos verdaderos, Leo. La mayor parte del mundo está poblada por los sueños de unos pocos. ¿No lo sabías, Leo? ¿Por qué crees que tan pocas de las personas que conociste sabían algo del mundo en general? ¿Por qué crees que los seres humanos limitan sus intereses y reducen su ambiente? ¡La mayoría, Leo, no son humanos!

—Yo soy yo —dije tercamente—. ¡Gloria no *podría* haberme soñado de manera tan completa! ¡Gloria no sabe manejar una excavadora! ¡Gloria no sabe tocar la guitarra! ¡Gloria no sabe nada del hombre de circo que cantaba, ni del capataz finlandés de explosivos que murió!

—Claro que no. Gloria sólo soñó a un tipo de Hombre que era producto de esas cosas, o de cosas —parecidas. ¿Has manejado una pala desde que la conociste? Si intentaras hacerlo, descubrirías que no puedes: Desde que la conociste no tocaste la guitarra para nadie más. ¡Has dedicado todo el tiempo a componer música que nadie tocará jamás!

—¡Yo *no* soy un sueño de nadie! —grité—. No. Si fuera un ideal de Gloria, habríamos seguido juntos. Fracasé con ella, viejo. ¿No lo sabes? Quería que yo fuera agresivo, y no lo era.

El hombre me miró con tanta tristeza que pensé que se iba a echar a llorar.

—Gloria quería que *tomaras* algo. Eras parte de ella, y nadie puede tomar algo de sí mismo.

—Ella tenía un miedo mortal a cosas que a mí no me molestan nada. ¿Cómo lo explicas?

—¿Las ardillas y el ruido de las zarpas? No, Leo; ésas eran fobias

infundadas, y ella tenía el poder de vencerlas. Nunca lo intentó, pero no era nada difícil crearte sin ellas.

Miré al hombre.

—¿Quieres decir que...? Viejo, ¿de veras hay más como yo?

—Muchos muchos —suspiró—. Pero pocos que se aferren tanto como tú a sus inexistentes y fantasmales egos.

—Las personas de verdad, ¿saben lo que hacen?

—Muy pocas. Muy pocas. El mundo está lleno de personas que se sienten incompletas, personas que tienen todo lo que pueden desear y que sin embargo no son felices, personas que se sienten solas en una multitud. El mundo está poblado casi exclusivamente por fantasmas.

—Pero... ¡la guerra! ¡La historia de Roma! ¡Los nuevos modelos de coches! ¿Qué me dices de todo eso?

El hombre volvió a sacudir la cabeza.

—Algunos son verdaderos, otros no. Depende de lo que los verdaderos seres humanos quieren en cada momento.

Pensé un minuto con amargura.

—¿Qué fue aquello que dijiste de volver en el tiempo —le pregunté— y mirar por una pequeña puerta las cosas que habían pasado?

El hombre suspiró.

—Si *tienes* que aferrarte al ego que ella te dio —dijo con voz cansada—, te quedarás como eres ahora. Pero envejecerás. Te llevará el equivalente de unos treinta años orientarte en ese extraño mundo psíquico, pues tendrás que moverte y pensar como un ser humano. ¿Por qué quieres hacer eso?

—Entonces —dije con determinación— voy a volver, aunque me lleve un siglo. Voy a buscarme inmediatamente después de conocer a Gloria, y me voy a aconsejar todo lo que haga falta para que pueda encontrar la manera de pasar con Gloria el resto de su vida.

El hombre me puso las manos en los hombros y ahora tenía realmente lágrimas en los ojos.

—Ay, pobre muchacho —dijo.

Lo miré, y entonces le pregunté:

—¿Cómo te llamas, viejo?

—Me llamo Leo.

—Ah —dije—. Ah.

EL SEXO OPUESTO

Theodore Sturgeon

Budgie entró en el laboratorio sin llamar, como de costumbre, jadeaba agitadamente, los ojos brillantes de ansiedad y avidez.

—¿Qué tienes, Muley?

Muhlenberg cerró bruscamente la puerta del depósito de cadáveres, antes que Budgie pudiera pasar.

—Nada —replicó—. Y entre toda la gente que no quiero ver, y en este momento eso significa toda la gente que existe, tú encabezas la lista. Lárgate.

Budgie se quitó los guantes y los guardó en una cartera enorme que arrojó a una mesa del laboratorio.

—Vamos, Muley. Vi la ambulancia afuera. Y sé lo que trajo. Ese doble homicidio en el parque. Al me lo contó.

—La boca de Al necesita más costuras que todos los fiambres que él lleva de aquí para allá —rezongó Muhlenberg—. Bien, no podrás ver a esos dos.

Ella se le acercó. Se le acercó mucho. A pesar de su fastidio, Muhlenberg no pudo dejar de mirar aquellos labios blandos, carnosos y tentadores. *Tentadores*. La súbita comprensión se sumó al fastidio. Hacía tiempo que sabía que Budgie podía activar mecanismos que lograban que todas las glándulas endocrinas de un hombre fruncieran los labios y soplaran como trompetistas. Cada vez que lo sentía, se odiaba a sí mismo.

—Aléjate de mí —gruñó—. No dará resultado.

—¿A qué te refieres, Muley? —murmuró ella.

Muhlenberg la miró a los ojos y masculló que el hígado crudo le gustaba más que Budgie.

Los labios de Budgie perdieron su blandura, aunque sin

endurecerse. Ella rió de buen humor.

—Entiendo, eres inmune. Probaré con la lógica.

—Nada dará resultado —dijo él—. No entrarás para ver a esos dos, y yo no te daré detalles para esos festines de truculencia que llamas notas periodísticas.

—De acuerdo —dijo ella, desconcertándolo. Cruzó el laboratorio y cogió su cartera. Encontró un guante y se lo puso—. Lamento haberte interrumpido, Muley. Capto la idea. Quieres estar solo.

Él estaba demasiado boquiabierto para articular una respuesta. La siguió con los ojos mientras ella se iba, cerraba la puerta, volvía a abrirla y decía con voz compungida:

—Pero creo que podrías contarme por qué no quieres decir nada sobre este homicidio.

Él se rascó la cabeza.

—Mientras sepas comportarte, creo que al menos te debo eso. —Reflexionó un instante—. Esta noticia no es para ti. Es el mejor modo de decirlo.

—¿Que no es para mí? ¿Un doble homicidio en el paseo de los tórtolos? ¿Él atractivo misterio del atraco, la masiva matanza de mayo? Bromeas, Muley, no hablas en serio.

—Budgie, esto no es divertido. Es desagradable. *Muy* desagradable. Y es serio. Es misterioso por varios motivos que no son los que quieres describirles a tus lectores.

—¿Qué motivos?

—Médicos, biológicos, sociológicos.

—Mis notas tienen biología. También tienen sociología; uso esas obtusas perogrulladas sobre las tendencias sociales para hablar de sexo en letras de molde, ¿no lo sabías? Queda la parte médica. ¿Por qué este caso es médicamente tan extraño?

—Buenas noches, Budgie.

—Vamos, Muley. No soy tan fácil de asustar.

—Lo sé. En tus investigaciones has acumulado más perversidades patológicas que Krafft-Ebing y once revistas de historietas. No, Budgie. Basta.

—El doctor E. L. Muhlenberg, joven y brillante biólogo y consultor médico de la policía, ha insinuado que estos aspectos del caso, el brutal asesinato y desfiguración de la avergonzada pareja, eran superficiales en comparación con los inenarrables hechos. «Un

misterio médico», declaró. —Le guiñó el ojo—. ¿Cómo te suena? —Miró su reloj—. Y puedo llegar a la primera edición, con un titular. Algo así como médico mudo de espanto y un subtítulo: investigador oculta detalles del doble homicidio. Sí, y con tu foto.

—Si te atreves a publicar semejante cosa —rugió él—, yo...

—Está bien, está bien —dijo ella en tono conciliador—. No lo haré. De veras.

—¿Prometido?

—Prometido, Muley... *siempre que...*

—¿Por qué debo negociar? —preguntó él—. Lárgate de aquí.

Empezó a cerrar la puerta.

—Y algo para el editorial —dijo ella—. ¿Tiene un médico derecho a ocultar información concerniente a un maniático homicida y sus métodos? —Y cerró la puerta.

Muhlenberg se mordió el labio inferior con tanta fuerza que gritó. Corrió a la puerta y la abrió bruscamente.

—¡Espera!

Budgie estaba apoyada en la jamba, encendiendo un cigarrillo.

—Estaba esperando —dijo tranquilamente.

—Métete adentro —rugió él. Le agarró el brazo y la obligó a entrar, cerrando de un portazo.

—Eres un troglodita —dijo ella, frotándose el brazo y sonriendo seductoramente.

—El único modo de callarte es contarte toda la historia, ¿verdad?

—Verdad. Si consigo una exclusiva cuando estés dispuesto a divulgarla.

—Tal vez en eso también haya un giro sorprendente —comentó él sombríamente. La miró con cara de pocos amigos—. Siéntate —dijo al fin.

Ella se sentó.

—Soy toda tuya.

—No cambies de tema —dijo él con un resabio de su humor natural. Encendió pensativamente un cigarrillo—. ¿Qué sabes sobre el caso hasta ahora?

—Demasiado poco —dijo ella—. Estos tórtolos tenían una plática sin palabras en el parque cuando unos asaltantes los atacaron y los mataron, con más saña que de costumbre. Pero en

vez de llevarlos al depósito de cadáveres del ayuntamiento, los trajeron directamente aquí por órdenes del médico de la ambulancia, después de un rápido vistazo.

—¿Cómo te enteraste?

—Bien, si quieres saberlo, estaba en el parque. Hay un atajo junto al museo, y yo había andado cien metros cuando...

Muhlenberg esperó el tiempo que el tacto exigía, y un poco más. Ella tenía un rostro calmo, una mirada distante.

—Continúa.

—Cuando oí un alarido —continuó ella con esa voz precisa que estaba usando. Y rompió a llorar.

—Tranquila —dijo él. Se arrodilló, le apoyó una mano en el hombro. Ella lo apartó airadamente y se cubrió la cara con una toalla húmeda. Cuando la alzó, parecía estar riendo. Se reía tan convulsivamente que él se apartó, realmente alarmado.

—Lo lamento —dijo ella con un susurro muy crispado—. Fue... uno de esos alaridos. Nunca había oído algo semejante. Me afectó. Contenía más sufrimiento del que debería haber en un solo sonido. —Cerró los ojos.

—¿Hombre o mujer?

Ella sacudió la cabeza.

—Bien —dijo él con voz neutra—. ¿Qué hiciste después?

—Nada. Nada en absoluto, no sé por cuánto tiempo. —Golpeó la mesa con el puño—. ¡Se supone que soy reportera! Y me quedé quieta como una imbécil, petrificada como una rata. —Se humedeció los labios—. Cuando reaccioné, estaba junto a una pared de piedra, con una mano apoyada en ella. —Le mostró el gesto—. Apretaba con tal fuerza que me partí dos perfectas uñas. Corrí hacia el lugar de donde había venido el grito. Sólo matas pisoteadas, nada más. Había una muchedumbre en la avenida. Fui hacia allá. Vi la ambulancia, a Al y a ese joven matasanos... Regal... Ruggles...

—Regalio.

—Ése. Metieron los dos cadáveres en la ambulancia. Estaban tapados con sábanas. Pregunté qué pasaba. Regalio agitó el dedo, dijo que no era «para colegialas» y puso una sonrisa siniestra. Subió a la ambulancia. Le pregunté a Al de qué se trataba. Me dijo que unos asaltantes habían matado a la pareja, y que era bastante espeluznante. Dijo que Regalio le había ordenado traerlos aquí, aun

antes de presentar un informe policiaco. Ambos estaban bastante alterados.

—No me extraña —dijo Muhlenberg.

—Les pregunté si podía acompañarlos. Me dijeron que no y se fueron. Subí a un taxi cuando lo encontré, lo cual fue quince minutos después, y aquí estoy. Aquí estoy —repitió—, manipulándote para sonsacarte la historia. Me preguntaste y te respondo. —Se levantó—. Escribe la nota, Muley. Yo iré a la nevera y haré tu trabajo.

Él le apretó el brazo.

—¡No! No vayas. Como dijo ese hombre, no es para colegialas.

—¡Nada que tengas ahí puede ser peor de lo que imagino! —exclamó ella.

—Lo lamento. Lo tienes merecido por acosarme antes que pudiera pensar algo. Verás, no eran exactamente dos personas.

—¡Ya sé! —se burló ella—. ¡Siameses!

Él la miró con aire distante.

—Sí. No es gracioso, mujer.

Por una vez ella no tuvo respuesta. Se llevó una mano a la boca y al parecer se olvidó de ella, pues allí la dejó.

—Eso es lo desagradable de este asunto. Esos dos fueron... separados brutalmente. —Cerró los ojos—. Puedo verlo. Ojalá no pudiera. Esos matones que recorren el parque de noche, en busca de lo que puedan conseguir. Oyen algo... les caen encima... no sé. Luego...

—Está bien, está bien —susurró ella con voz ronca—. Te oigo.

—¡Maldición! —exclamó él airadamente—. He trabajado en este campo el tiempo suficiente para conocer todos los casos documentados de semejante criatura. Y no puedo creer que ésta existiera sin que se haya publicado en alguna revista médica. Aunque hubieran nacido en la Rusia soviética, la traducción de un informe habría aparecido en alguna parte.

—Sé que los siameses son raros, pero sin duda su nacimiento llegaría a los titulares internacionales.

—Éste sin duda —aseguró él—. Por lo pronto, los siameses suelen presentar más anomalías que el mero hecho de estar pegados. Con frecuencia son mellizos, pero no gemelos. Con frecuencia uno nace más desarrollado que el otro. En general,

cuando llegan a nacer, no sobreviven. Pero éstos...

—¿Qué tienen de especial?

Muhlenberg abrió las manos.

—Son perfectos. Están unidos costalmente por un conjunto de órganos y tejidos asombrosamente complejo...

—Un momento, profesor. «Costalmente»... ¿eso significa a la altura de las costillas?

—Así es. Y el vínculo no es... no era... imposible de romper. No entiendo por qué nunca los separaron quirúrgicamente. Quizá haya una razón, desde luego, pero tendré que esperar para hacer la autopsia.

—¿Esperar?

—No tengo más remedio. —Muhlenberg sonrió—. Verás, eres mayor ayuda de lo que crees, Budge. Me muero por ponerme a trabajar en ellos, pero dadas las circunstancias tengo que esperar hasta la mañana. Regalio presentó un informe a la policía, y sé que el médico forense no vendrá a esta hora de la noche, aunque le mostrara quintillizos enlazados como salchichas. Además, no tengo ninguna identificación, ni autorización de la familia... ya sabes. En consecuencia... un examen superficial, muchas conjeturas, y la oportunidad de describírtelo para no volverme loco.

—¡Me estás usando!

—¿Eso está mal?

—Sí... cuando yo no me divierto.

Él se echó a reír.

—Adoro tus frases incendiarias. Pero no soy inflamable.

Ella lo miró de costado.

—¿En absoluto?

—No en este momento.

Ella reflexionó. Se miró las manos, como si representaran el problema de la susceptibilidad de Muhlenberg. Volvió las manos.

—A veces —dijo— lo paso bien cuando compartimos algo más que comentarios superficiales. Tal vez deberíamos ser más inhibidos.

—¿Por qué lo dices?

—No tenemos nada en común. Absolutamente *nada*. Somos diferentes hasta la médula. Tú buscas datos y yo también, pero no podemos compartirlos porque los usamos para cosas distintas. Tú

usas los datos para encontrar más datos.

—¿Y tú?

Ella sonrió.

—Para muchas cosas. Un buen reportero no sólo narra lo que sucedió. Cuenta lo que ve... en muchos casos algo muy diferente. De todos modos...

—Me pregunto cómo estas presiones biológicas afectaban a nuestros amigos —reflexionó él, señalando el depósito de cadáveres con el pulgar.

—Del mismo modo, diría yo, con ciertas dificultades importantes. Pero aguarda... ¿eran hombres o mujeres, o uno de cada?

—No te conté, ¿verdad? —dijo él, realmente alarmado.

—No —dijo ella.

Él abrió la boca para responder, pero no pudo. Llegó el motivo.

Llegó de abajo o de afuera, de ninguna parte o de todas partes, o de un lugar sin nombre. Estaba alrededor, dentro, detrás de ellos, en el tiempo y en el espacio. Era el eco del primer llanto de ambos, cuando perdieron su primera calidez y encontraron soledad, al principio, como todos. Era sufrimiento: una porción de impacto, una porción de fiebre y delirio, y una porción de belleza insoportable. Y, como el dolor, no podía recordarse. Duraba sólo mientras era un sonido, quizá un poco más, y el tiempo congelado que le sucedía era inconmensurable.

Muhlenberg era cada vez más consciente de un dolor en las pantorrillas y los músculos de la espalda. Le enviaban un mensaje gradual y totalmente intelectualizado de tensión, y muy conscientemente él lo alivió y se sentó. Su movimiento llevó el brazo de Budgie hacia adelante, y él miró la mano con que ella le aferraba el antebrazo. Ella la apartó, abriéndola despacio, y él vio las marcas furiosas de sus dedos, y supo que por la mañana serían magulladuras.

—Ése fue el alarido —dijo ella—. El que oí. ¿Una vez no fue suficiente?

Sólo entonces él pudo dejar de pensar en sí mismo y verle la cara. Estaba húmeda y pastosa de espanto, y tenía los labios

descoloridos. Se levantó de un brinco.

—¡Otro más! ¡Ven!

La obligó a levantarse y la arrastró por la puerta.

—¿No entiendes? —exclamó—. ¡Otro más! No es posible, pero en alguna parte ha vuelto a suceder.

Ella lo retuvo.

—¿Estás seguro de que no fue...? —Señaló la puerta cerrada del depósito de cadáveres.

—No seas ridícula —resopló él—. Ellos no pueden estar vivos. — La llevó hacia la escalera.

Estaba muy oscuro. La oficina de Muhlenberg estaba en un añoso edificio que tenía bombillas de veinticinco vatios en uno de cada dos pisos. Atravesaron la penumbra, dejaron atrás las puertas del bufete de abogados, la fábrica de muñecas, la compañía de importación y exportación que sólo importaba y exportaba llamadas telefónicas, y otras empresas borrosas. El edificio parecía desierto, y salvo por el fulgor amarillento de los relleños y las patéticas bombillas, no había luces. Y estaba tan silencioso como oscuro, silencioso como la noche, silencioso como la muerte.

Salieron a la vieja escalera de piedra rojiza y se detuvieron, temiendo mirar, ansiando mirar. No había nada. Nada salvo la calle, una luz solitaria, una bocina distante y, en la lejana esquina, el chasquido de los semáforos que pasaban de un ignorado cordel de esmeraldas a una inadvertida hilera de rubíes.

—Ve a la esquina —dijo él, señalando—. Yo iré por el otro lado. Ese ruido no sonó lejos.

—No —dijo ella—. Iré contigo.

—Bien —dijo él, tan satisfecho que se asombró a sí mismo. Corrieron hacia la esquina norte. No había nadie en la calle a dos manzanas de distancia. Vieron coches, casi todos aparcados, uno que avanzaba, pero ninguno que acabara de arrancar.

—¿Ahora qué? —preguntó ella.

Por un instante él no respondió. Ella esperó pacientemente mientras él escuchaba esos ruidos lejanos que hacían la noche tan silenciosa.

—Buenas noches, Budge —dijo al fin.

—¿Buenas *qué*?

Él agitó la mano.

—Ya puedes irte a casa.

—¿Pero qué hay de la...?

—Estoy cansado —dijo él—. Estoy desconcertado. Ese alarido me retorció como un trapo mojado y me hizo bajar demasiadas escaleras con demasiada prisa. Hay demasiadas cosas que no sé y es poco lo que puedo hacer. Así que vuelve a casa.

—Pero Muley...

Él suspiró.

—Lo sé. Tu nota. Budgie, te prometo sinceramente que te daré una exclusiva en cuanto tenga datos fidedignos.

Budge lo miró atentamente bajo la luz mortecina y asintió.

—De acuerdo, Muley. No quiero presionarte. ¿Me llamarás?

—Te llamaré.

Muhlenberg la miró mientras se alejaba. Qué mujer, pensó. Se preguntó por qué habría hecho ese extraño comentario sobre las inhibiciones. Las inhibiciones nunca la habían molestado. Pero quizá tuviera algo de razón. A veces, cuando tomas lo que suele llamarse «todo», te queda la rara sensación de que no has obtenido demasiado. Se encogió de hombros y regresó al laboratorio, pensando en cuestiones de morfología y teratología, y un caso donde *monstra per defectum* podía coexistir con *monstra per fabricam alienam*.

Entonces vio la luz.

Lamía la calle con un fulgor suave y cálido. Muhlenberg se detuvo para mirar. La luz venía de una ventana del tercer piso. Era anaranjada y amarilla, pero con un chisporroteo blanco y azulado. Era bonita. Y estaba en su laboratorio. No, no el laboratorio. En el depósito de cadáveres.

Muhlenberg gruñó. Después ahorró aliento. Lo necesitaba muchísimo cuando regresó al laboratorio.

Muhlenberg se lanzó hacia la gruesa puerta del depósito y la abrió de un empujón. Una gran presión térmica exhaló una bocanada de humo en el laboratorio. Muhlenberg cerró la puerta, corrió a un armario, sacó una bata, abrió los grifos del fregadero,

empapó la bata. De otro armario sacó dos extintores de esfera de vidrio. Se envolvió la cara con la tela húmeda y se cubrió el pecho y la espalda con el resto. Sosteniendo los extintores en un brazo, alargó la mano para recoger el extintor tipo bomba que había junto a la puerta.

Con súbita lentitud, se detuvo de puntillas en el umbral, atisbando por una rendija de la tela húmeda. Luego se agazapó y miró de nuevo. Satisfecho, apuntó los dos extintores de vidrio, uno hacia adelante, el otro hacia abajo a la derecha. Se internó en el humo con el tercer extintor.

Se oía un gemido creciente y el humo temblaba como una entidad sólida, propagándose por la habitación. Cuando se despejó, Muhlenberg estaba apoyado en la pared, la cabeza y los hombros envueltos en la bata sucia, jadeando, con la mano en un interruptor de la pared. El enorme ventilador de una ventana succionaba el humo rápidamente.

Contra la pared izquierda había hileras de sustancias químicas, esterilizantes y vitrinas llenas de relucientes instrumentos quirúrgicos. En el piso había cuatro mesas macizas con la superficie de mármol. El resto de la habitación estaba ocupado por una mesa de trabajo, fregaderos, un cuarto oscuro con tabique y cortinas, y un enorme centrifugador.

En una de las mesas había una masa de carne quemada y grasa animal derretida. Apestaba, no con el olor de la podredumbre, sino con un tufo acre y húmedo —si un olor puede describirse de esa manera—, impregnado con el penetrante aroma de productos químicos corrosivos.

Muhlenberg se apartó la bata empapada de la cara y la arrojó a un rincón. Caminó hasta la mesa donde estaba aquella masa hedionda y la miró consternado. Extendió una mano, y con el pulgar y el índice extrajo un pedazo de hueso.

—Buen trabajo —jadeó al fin.

Rodeó la mesa, palpó un bulto que había allí y apartó la mano. Fue hasta la mesa de trabajo a recoger un par de fórceps. Los usó para levantar el bulto. Parecía un trozo de lava o escoria. Encendió una lámpara y lo estudió.

—Termita, por Dios —jadeó.

Se quedó paralizado un instante, moviendo la mandíbula

cuadrada. Rodeó lentamente la monstruosidad carbonizada que había sobre la mesa, agarró los fórceps y los lanzó airadamente a un rincón. Fue hasta el laboratorio, levantó el teléfono, marcó un número.

—Emergencia —dijo—. Hola, Sue. ¿Está Regalio? Muhlenberg. Gracias... Hola, doctor. ¿Estás sentado? De acuerdo. Oye esto. Mi provisión de teratomorfos simétricos se ha agotado. No tengo más. ¡Cállate si quieres que te cuente! Estaba en el laboratorio, hablando con una reportera, cuando oí un alarido escalofriante. Salimos a la carrera y no encontramos nada. Dejé a la reportera afuera y regresé. No pude estar fuera más de... diez, doce minutos. Pero alguien entró aquí, puso los dos fiambres en una mesa, practicó una incisión del tórax al pubis, los llenó de óxido de hierro y aluminio granulado... tengo gran cantidad de ese material aquí... los encendió con un par de rollos de papel de magnesio y los incineró. Los transformó en una repugnante bomba de termita. ¡No, maldición, claro que no quedó nada de ellos! ¿Qué crees que pasa en ocho minutos a siete rail grados? ¡Cállate, Regalio! No sé quién lo hizo ni por qué, y estoy muy cansado para pensar en ello. Te veré mañana por la mañana. No... ¿De qué serviría enviar a alguien aquí? Esto no se hizo para incendiar el edificio. Alguien quería deshacerse de esos cadáveres, y sin duda lo consiguió... ¿El forense? No sé qué le diré. Me iré a tomar un trago y después me acostaré. Sólo quería que supieras. No digas nada a la prensa. Yo despistaré a esa reportera que vino antes. Más nos vale que no publiquen esas cosas. «Incendiario misterioso crema pruebas de doble homicidio en laboratorio de consultor médico». Y a una manzana de la jefatura... Sí, y haz callar a tu chofer. De acuerdo, Regalio. Sólo quería avisarte. Bien, no lo lamentas más que yo. Tendremos que esperar doscientos años para que algo así vuelva a nacer.

Muhlenberg colgó, suspiró, fue al depósito de cadáveres. Apagó el ventilador y las luces, echó llave a la puerta, se lavó en el fregadero y cerró el lugar para irse.

Estaba a once calles de su apartamento, siempre una distancia incómoda, pues Muhlenberg no pertenecía a la cofradía de los amantes del aire puro y la respiración limpia. Once calles no era tanto como para justificar un taxi ni tan poco como para ser un pequeño paseo. En la séptima calle le entró una sed abrumadora y

la sensación de que habían desenchufado su fuente de energía.

Rudy's,

un bar mejicano donde tocaban Yma Sumac y Villa Lobos en la máquina de discos, lo succionó como un vacío.

—Olé, amigo —saludó Rudy en español—. Esta noche no sonríes.

Muhlenberg se arrastró fatigosamente hasta un taburete.

—Dame una tequila sour, olvida la cereza —dijo en su español macarrónico—. No tengo motivos para sonreír. —De pronto se quedó tieso, los ojos desorbitados—. Ven aquí, Rudy.

Rudy dejó el limón que estaba cortando y se le acercó.

—No quiero señalar, pero ¿quién es aquélla? Rudy miró a la chica de soslayo.

—Ay —dijo cautivado—. Qué chuchín. Muhlenberg recordaba vagamente que *chuchín* era intraducible, pero «primor» se le parecía bastante. Sacudió la cabeza.

—Eso no sirve. —Alzó la mano—. Y no trates de encontrar una palabra española. No hay palabras para describirla. ¿Quién es?

Rudy extendió las manos.

—No sé.

—¿Está sola?

—Sí.

Muhlenberg se apoyó la mano en la barbilla.

—Prepárame el trago. Quiero pensar.

Rudy se alejó. Aún fruncía las mejillas de caoba en su versión de una sonrisa.

Muhlenberg miró de nuevo a la muchacha sentada mientras ella se volvía hacia el cantinero.

—Rudy —llamó suavemente—, ¿estás preparando tequila sour?

—Sí, señorita.

—¿Me haces uno?

Rudy sonrió. No miró a Muhlenberg, pero movió los ojos oscuros hacia él, y Muhlenberg supo que se divertía. Muhlenberg se sonrojó y se sintió idiota. Tuvo la fantasía de que sus orejas se habían plegado y cerrado, capturando el sonido aterciopelado de esa voz melodiosa, que anidaba en su cabeza como un animalito tibio.

Bajó del taburete, hurgó en los bolsillos buscando cambio y se acercó a la máquina de discos. La chica llegó antes que él, introdujo una moneda, escogió una extraña y maravillosa grabación llamada *Ven a mi casa*, una versión mejicana de *My House*
C'mon-a

—¡Iba a poner eso! —dijo él. Miró la máquina de discos—. ¿Te gusta Yma Sumac?

—¡Claro que sí!

—¿Te gusta *mucho* Yma Súmac?

Ella sonrió y él se mordió la lengua. Metió una moneda de veinticinco y tecleó seis pistas de Sumac. Cuando alzó la vista, Rudy estaba junto al reservado con una bandeja y dos tequila sours. Su rostro era impasible pero ladeaba la cabeza en un ángulo inquisitivo, preguntando dónde debía poner el vaso de Muhlenberg. Muhlenberg miró a la muchacha a los ojos, y no supo si ella cabeceaba apenas o sólo movía los párpados, pero la respuesta fue afirmativa. Se sentó en el reservado frente a ella.

Empezó la música. Sólo una parte venía de los discos. Muhlenberg escuchaba con avidez. Rudy vino con un segundo tequila antes que ella dijera nada, y sólo entonces él comprendió cuánto tiempo había pasado mientras miraba esa cara como si fuera una nueva pintura de un artista favorito. Ella no hacía nada para llamar la atención ni para rechazarla. No lo miraba embelesada ni lo eludía. No esperaba ni exigía. No era distante ni confianzuda. Era cálida, y eso era bueno.

En tus sueños más íntimos, pensó él, tallas un nicho dentro de ti mismo, y cuando lo terminas esperas que alguien venga a llenarlo, pero llenarlo exactamente, cada tajo, cada curva, cada hueco y cada plano. Y llegan personas, y una cubre el nicho, y otra se mece en su interior, y otra está tan rodeada por la niebla que por largo tiempo no sabes si encaja o no, pero cada una de ellas te golpea con un impacto tremendo. Y luego llega alguien y se acomoda tan silenciosamente que no sabes cuándo sucedió, y encaja tan bien que casi no sientes nada. Y eso es todo.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

Él se lo dijo sin vacilar. Ella cabeceó como si hablara de gatos o catedrales o árboles de levas, o cualquier otra cosa bella y compleja.

—Es cierto —dijo ella—. No está todo ahí, desde luego. Ni siquiera es suficiente. Pero todo lo demás no alcanza sin eso.

—¿Qué es «todo lo demás»?

—Ya sabes —dijo ella.

Él creía saberlo. No estaba seguro. Lo dejó para después.

—¿Vienes a casa conmigo?

—Oh, sí.

Se levantaron. Ella esperó junto a la puerta, absorbiéndolo con los ojos, mientras él iba a la barra con la billetera.

—¿Cuánto le debo? —Chapurreó en español.

Los ojos de Rudy tenían una hondura que él nunca había visto. Tal vez nunca la habían tenido.

—Nada —dijo Rudy.

—¿La casa invita? Muchísimas gracias, amigo. —Sabía, en su interior, que no debía oponerse.

Fueron a su apartamento. Mientras él servía *brandy* —*brandy* porque, si es bueno, se combina bien con el tequila—, ella le preguntó si conocía un sitio llamado Shank's,

en la zona de los almacenes. Él creía que sí; sabía que podía encontrarlo.

—Quiero verte allí mañana a las ocho de la noche —dijo ella.

—Allí estaré —dijo él con una sonrisa. Se volvió para guardar la jarra de *brandy*, lleno del silencioso placer de saber que todo el día de mañana ansiaría estar con ella de nuevo.

Puso discos. Cuando podía lucir su equipo de música sentía un orgullo técnico, pero también era como un niño. Tenía un ejemplar de las Analectas confucianas en una caja de sándalo. Estaba impreso en papel de arroz e ilustrado a mano. Tenía una daga finlandesa con tallas intrincadas que, pieza por pieza y en conjunto, formaban muchas figuras. Tenía un reloj formado por cuatro discos de cristal, y cada uno de los discos interiores sostenía una manecilla, y como estaban cubiertos por un reborde no parecía haber engranajes.

A ella le encantaron estos objetos. Se sentó en el sillón más grande. Mientras él veía pasar las horas oscuras y azules, ella leyó pasajes de Thurber y Shakespeare para reír, y Shakespeare y

William Morris para una deleitable tristeza.

Ella cantó, una vez.

Al fin dijo:

—Es hora de acostarse. Ve a prepararte.

Él se levantó, fue al cuarto de baño y se desvistió. Se duchó y se frotó. De vuelta en el dormitorio, oyó la música que ella había puesto en el fonógrafo. Era el segundo movimiento de la *Sinfonía clásica* de Prokofiev, donde la orquesta está dormida y las cuerdas altas entran de puntillas. Era la tercera vez que la ponía. Él se sentó a esperar hasta que terminó el disco, pero ella no se le acercó ni le habló. Muhlenberg fue hasta la puerta de la sala y miró adentro.

Ella se había ido.

Se quedó quieto y miró a su alrededor. Mientras estaba allí, ella había guardado discretamente cada cosa después de mirarla. El amplificador aún estaba encendido. El gramófono estaba apagado, porque se apagaba automáticamente. La cubierta de Prokofiev, apoyada en el piso junto al amplificador, estaba esperando para recibir el disco que aún seguía en el plato.

Muhlenberg entró en la sala y apagó el amplificador. De pronto fue consciente de que al hacerlo había eliminado la mitad de lo que ella había dejado ahí. Miró la cubierta del disco; sin tocarla, apagó las luces y se fue a acostar.

La verás mañana, pensó.

Ni siquiera le tocaste la mano, pensó. Si no fuera por tus ojos y oídos, no tendrías manera de reconocerla.

Poco después algo hondo se agitó y suspiró sensualmente en su interior. Muhlenberg, le dijo, ¿comprendes que ni una vez en toda la velada te detuviste a pensar que ésta era una Ocasión, un Gran Día? Ni una sola vez. Todo fue sencillo como respirar.

Al dormirse, recordó que ni siquiera le había preguntado el nombre.

Despertó profundamente descansado y miró con asombro el reloj despertador. Eran sólo las ocho. Después de las horas que había pasado la noche anterior en el laboratorio, y de haber bebido, y de haber trasnochado, esta sensación era un auténtico privilegio. Se vistió de prisa y bajó temprano al laboratorio. El teléfono ya estaba sonando. Le dijo al forense que viniera cuanto antes con Regalio.

Todo era fácil de explicar en cuanto a los efectos: el depósito

incendiado se encargó de eso. En cuanto a las causas, hablaron una hora sin llegar a ninguna conclusión. Como Muhlenberg trabajaba con el Departamento de Policía, aunque no era miembro, convinieron en silenciar la historia por el momento. Si aparecían parientes, o el dueño de un circo o cualquier otra persona, sería otro cantar. Mientras tanto optarían por la discreción.

Cuando los otros se fueron, Muhlenberg llamó al periódico.

Budgie no había ido a trabajar ni había llamado. Quizá estuviera investigando una noticia, sugirió la operadora.

El día pasó rápidamente. Muhlenberg limpió el depósito y trabajó en su proyecto de investigación. No empezó a preocuparse hasta la cuarta vez que llamó al periódico, alrededor de las cinco de la tarde, y Budgie aún no había aparecido ni llamado. Buscó el número de la casa y marcó. No, no estaba ahí. Se había ido temprano a trabajar. Búsquela en el periódico.

Fue a casa, se bañó, se cambió, buscó la dirección de Shank's

y cogió un taxi. Era demasiado temprano, apenas las siete y cuarto. Shank's

era un bar en una esquina, anticuado, con lunas de cristal cilindrado en el frente y paneles maltrechos detrás. Los reservados ofrecían una vista de la calle que a su vez ofrecía una vista de los reservados. Salvo por la luz de la esquina, el resto del lugar estaba sumido en una penumbra donde chispeaban los azules y verdes irreales de letreros de neón que anunciaban cerveza.

Muhlenberg miró la hora al entrar, y quedó asombrado. Sabía que se había creado ocupaciones artificiales durante el día, y que no necesitaba mucho esfuerzo para no pensar en Budgie ni en lo que le hubiera pasado. Su actividad había logrado llevarlo a un sitio donde no tenía que hacer nada salvo esperar y pensar.

Elegió un reservado en la frontera entre la penumbra cavernosa y la luz pálida. Pidió una cerveza.

Alguien —seamos convencionales y llamémoslo señor X— se había tomado mucho trabajo para destruir dos cadáveres en su depósito. Un operador muy meticuloso. Desde luego, si el señor X quería ocultar información sobre las dos patéticas mitades del

monstruo asesinado en el parque, sólo había hecho una parte del trabajo. Regalio, Al, Budgie y Muhlenberg conocían su existencia. Regalio y Al estaban bien cuando él los había visto esa mañana, y él no había sufrido ningún atentado. Por otra parte, él se había pasado el día cerca de la jefatura, y lo mismo se aplicaba al personal de ambulancias.

Pero Budgie...

No sólo era vulnerable, sino que ni siquiera la echarían de menos durante horas, pues con frecuencia salía a cazar noticias. ¡Noticias! ¡Vaya! Como reportera ella presentaba la mayor amenaza para alguien que quisiera ocultar información.

Con ese pensamiento llegó su corolario: Budgie había desaparecido, y si la habían liquidado, él era el próximo en la lista. Por fuerza. Era el único que había podido echar un buen vistazo a los cuerpos. Era el que había dado la información a la reportera y aún disponía de esa información. En otras palabras, si habían despachado a Budgie, pronto lo atacarían a él.

Miró el lugar entornando los ojos. Era una zona peligrosa de la ciudad. ¿Por qué estaba allí?

Sintió un aguijonazo de alarma y dolor. La muchacha que había conocido... no podía ser parte de ese asunto. No *debía*. Pero estaba allí por ella, y era, un blanco fácil de eliminar.

De pronto comprendió su renuencia a pensar en la significación de la desaparición de Budgie.

—Oh, no —dijo en voz alta. ¿Debía echar a correr?

¿Y si se equivocaba? Imaginó a la muchacha yendo allí, esperando, quizá metiéndose en problemas en ese lugar sórdido, sólo porque él se había dejado llevar por sus fantasías.

No podía irse. No hasta las ocho, por lo menos. ¿Qué más podía hacer? Si lo eliminaban a él, ¿quién sería el siguiente? Regalio, sin duda. Luego Al. Luego el forense.

Advertir a Regalio. Al menos podía hacer eso, antes de que fuera demasiado tarde. Se levantó de un salto.

Por supuesto, había alguien en la cabina telefónica. Una mujer. Lanzó un juramento y abrió la puerta.

—¡Budgie!

Metió los brazos histéricamente, la sacó. Ella giró lánguidamente en sus brazos, y por una espantosa fracción de segundo él sintió una indescriptible aprensión. Entonces ella se movió, lo abrazó, lo miró incrédulamente, lo abrazó de nuevo.

—¡Muley! ¡Oh, Muley, me alegra tanto que seas tú!

—Budgie, cabeza hueca, ¿dónde has estado?

—Oh, he tenido el más conmovedor, el más maravilloso...

—Oye, ayer lloraste. ¿No has cumplido con tu cuota anual?

—Oh, cállate. Muley, Muley, nadie podría estar más confundida que yo.

—Oh —dijo él reflexivamente—. No lo sé. Ven aquí. Siéntate. ¡Cantinerero! ¡Dos whiskis dobles con soda! —Por dentro, le causó gracia la diferencia en la actitud de un hombre hacia el mundo cuando tiene algo que proteger—. Cuéntame. —Le aferró la barbilla—. Ante todo, ¿dónde has estado? Me tenías muerto del susto.

Ella lo miró, un ojo por vez. Había una expresión de súplica en su actitud.

—¿No te reirás de mí, Muley?

—Parte de este asunto no tiene la menor gracia.

—¿De veras puedo hablar contigo? Nunca lo intenté —dijo, como si no hubiera cambiado de tema—. Tú no sabes quién soy.

—Habla, y así lo sabré.

—Bien —empezó ella—, fue esta mañana. Cuando me desperté. ¡Era un día tan bello! Fui a la esquina a esperar el autobús. Pedí el Post al hombre del quiosco, eché la moneda en su taza, y a coro conmigo habló ese hombre...

—Ese hombre —urgió él.

—Sí. Bien, era un hombre joven, de... oh, no sé de qué edad. La correcta, de todos modos. Y el hombre del quiosco no sabía a quién darle el periódico porque sólo le quedaba uno. Nos miramos, este hombre y yo, y nos echamos a reír. El hombre del quiosco oyó mejor mi voz, o quiso ser un caballero, y me dio el periódico a mí. Entonces llegó el autobús, y subimos, y ese joven estaba a punto de sentarse solo... pero le dije que me ayudara a leer el periódico, ya que me había ayudado a comprarlo.

Hizo una pausa mientras el cantinero tuerto les traía los tragos.

—Ni miramos el periódico. Nos pusimos a... charlar. Nunca pude hablar con nadie de esa manera. Ni siquiera contigo, Muley, a

pesar de mis esfuerzos. Las cosas que surgieron... como si lo hubiera conocido toda mi... —Calló, sacudió la cabeza brusca: mente—. No, ni siquiera así. No sé. No sé definirlo. Era agradable.

»Cruzamos el puente y el autobús siguió a lo largo del prado, entre el parque y el terreno de la feria. La hierba era demasiado verde y el cielo demasiado azul y algo en mí quería estallara Pero era algo bueno, realmente bueno, y dije que faltaría al trabajo. No dije que me gustaría, ni que tenía ganas. Dije que lo haría. Y él dijo que sí, como si le hubiera preguntado, y no cuestioné eso ni por un instante. No sé adónde iba él, ni qué dejaba de lado, pero tiramos del cordel, el autobús se detuvo, nos bajamos y caminamos a campo traviesa.

—¿Qué hicisteis todo el día? —preguntó Muhlenberg mientras ella bebía.

—Perseguimos conejos. Corrimos. Nos tendimos al sol. Alimentamos a los patos. Nos reímos mucho. Hablamos. Hablamos muchísimo. —Los ojos de Budgie regresaron al presente, a Muhlenberg—. Cielos, no sé, Muley. Traté de explicármelo después que él se fue. No pude. No pude explicármelo de forma convincente.

—¿Y todo esto terminó en una mugrienta cabina telefónica?

Ella se recobró al instante.

—Debíamos encontrarnos aquí. No podía esperar en casa. No podía digerir la sola idea de estar en la oficina. Así que vine aquí y me senté a esperar. No sé por qué me pidió que lo viera en semejante lugar... ¿Qué cuernos pasa contigo?

—Nada —murmuró Muhlenberg—. Estaba teniendo un pensamiento original, llamado «qué pequeño es el mundo». —Hizo un gesto para que ella no le hiciera más preguntas—. No dejes que te interrumpa. Tú primero, luego yo. Aquí pasa algo extraño y maravilloso.

—¿Dónde estaba? Oh. Bien, estaba aquí esperando, sintiéndome feliz, y de pronto esa sensación se disipó y tuve un mal presentimiento. Pensé en ti, y en el asesinato del parque, y la extraña situación de anoche en el laboratorio, y empecé a asustarme. No sabía qué hacer. Iba a salir corriendo pero me dominé, me pregunté si no me estaba dejando vencer por el pánico. Supongamos que él viniera y yo no estuviera aquí. No podría soportarlo. Entonces me asusté de nuevo y... me pregunté si

formaría parte de todo ese asunto, el homicidio de los siameses y demás. Y me odié a mí misma por pensar semejante cosa. Me alboroté de veras. Al fin recobré la compostura y pensé que lo único que podía hacer era llamarte. Y tú no estabas en el laboratorio. Y el forense no sabía adónde te habías ido y... ¡Oh, Muley!

—¿Tanto significa para ti?

Ella asintió.

—¡Zorra veleidosa! Minutos después de dejar a tu amigo...

Ella le apoyó la mano en la boca.

—Cuidado con lo que dices —dijo enfáticamente—. Esto no fue una aventura irresponsable, Muley. No se parece a nada que haya conocido. Él no me tocó, ni actuó como si quisiera hacerlo. No era necesario; no venía al caso. Esto era algo en sí mismo, no las preliminares de otra cosa. Era... era... ¡oh, maldito sea este idioma!

Muhlenberg pensó en el álbum de Prokofiev apoyado junto al amplificador. Maldito sea, en verdad, pensó.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó suavemente.

—¿Cómo se...? —Ella irguió la cabeza, se volvió lentamente hacia él—. No le pregunté... —susurró con asombro.

—Me lo parecía. —¿Por qué dije eso?, se preguntó. Casi sé...

—Budgie —preguntó de golpe—, ¿lo amas?

Ella lo miró sorprendida.

—No había pensado en ello. Quizá no sé qué es el amor. Creí que lo sabía. Pero era menos que esto. —Fruunció el ceño—. Aunque también era más que esto, en cierto sentido.

—Dime una cosa. Cuando él se despidió, después de un día semejante, ¿sentiste... que habías perdido algo?

Ella pensó.

—Pues... no. No, no lo sentí así. Estaba pletórica, y él me dejó todo lo que me dio. Ésa es la gran diferencia. El amor no es así. ¿Te imaginas? ¡No perdí nada!

Él asintió.

—Yo tampoco —dijo.

—¿Tú qué?

Pero él no estaba escuchando. Se estaba levantando despacio, mirando la puerta.

La muchacha estaba allí. Estaba vestida de otra manera, con mayor elegancia. Pero su cara era igual, y sus increíbles ojos. Usaba tejanos, sandalias, un suéter grueso y holgado, y dos puntas de tela blanda relucían contra el cuello y la barbilla. Tenía el pelo corto, pero estaba hermosa, hermosa...

Él miró hacia abajo, como si apartara los ojos de una gran luz. Miró la hora. Eran las ocho. Y notó que Budgie miraba fijamente a la persona de la puerta, con cara radiante.

—Muley, vamos. Vamos, Muley. ¡Allí está!

La muchacha de la puerta lo vio y sonrió. Agitó la mano y señaló el reservado de la esquina, el que tenía ventanas sobre ambas calles. Muhlenberg y Budgie fueron hacia ella.

La muchacha se sentó mientras se acercaban.

—Hola. Sentaos. Ambos.

Se sentaron al otro lado frente a ella. Budgie estaba admirada. También Muhlenberg, y algo en el fondo de su mente empezó a crecer y crecer y...

—No —dijo incrédulamente.

—Sí —dijo ella—. Es verdad. —Miró a Budgie—. Ella aún no lo sabe, ¿verdad?

Muhlenberg sacudió la cabeza.

—No tuve tiempo de decírselo.

—Quizá no debas —dijo la muchacha.

Budgie se volvió alborotadamente hacia Muhlenberg.

—¡La conoces!

—Yo... sí... —dijo Muhlenberg, con dificultad.

La muchacha se echó a reír.

—Estás buscando un pronombre:

—Muley, ¿qué significa eso? —dijo Budgie—. Cuéntame el secreto.

—Una autopsia lo habría mostrado, ¿verdad? —preguntó él.

La muchacha asintió.

—Totalmente. Faltó poco. Budgie los miró a ambos.

—¿Alguien quiere contarme qué pasa?

Muhlenberg interrogó a la muchacha con la mirada. Ella asintió. Él rodeó con el brazo a Budgie.

—Escucha, reportera. Nuestra... nuestro amigo... es algo... algo nuevo y diferente.

—Nuevo no —dijo la muchacha—. Hace miles de años que existimos.

—¿De veras? —Muhlenberg hizo una pausa para digerir ese comentario, mientras Budgie se retorció y protestaba.

—Pero... pero... pero...

—Cállate —le dijo Muhlenberg, apretándole los hombros con ternura—. No pasaste la tarde con un hombre, Budgie, así como yo no pasé la noche con una mujer. ¿Verdad?

—Verdad —dijo la muchacha.

—Y los siameses no eran siameses, sino dos miembros de la especie de nuestro amigo, que...

—Estaban en sicigia. —Una inexpresable tristeza impregnaba la tersa voz de tenor, casi de contralto.

—¿Estaban en qué? —preguntó Budgie. Muhlenberg se lo explicó.

—En algunas formas de vida... bien, el animal microscópico llamado paramecio es un buen ejemplo... la reproducción se logra por fisión. La criatura se alarga, y también su núcleo. Luego el núcleo se divide en dos, y una mitad va para cada extremo del animal: Luego el resto del animal se divide y... ¡sorpresa!... dos paramecios.

—Pero tú... él...

—Silencio —dijo Muhlenberg—. Estoy dando cátedra. El único problema de la reproducción por fisión es que no permite variación de cepas. Una línea de paramecios se reproduce así hasta que, por ley de promedios, todos sus rasgos dominantes son contrarios a la supervivencia... y adiós paramecios. Así que existe otro proceso para solucionar esa dificultad. Un paramecio se extiende junto a otro, y gradualmente sus costados comienzan a fusionarse. Los núcleos se desplazan hacia ese punto. Las paredes laterales se dividen, para que los núcleos tengan mutuo acceso. Los núcleos se funden, se mezclan, y al cabo se separan y la mitad va para cada criatura. Las paredes laterales cierran la abertura, se separan y cada criatura sigue su camino.

»Eso es la sicigia. No es un proceso sexual, porque los paramecios no tienen sexo. Tampoco incide directamente sobre la reproducción, que puede realizarse con o sin sicigia. —Se volvió hacia su acompañante—. Pero nunca había oído hablar de sicigia en

las formas superiores.

Una vaga sonrisa.

—Sólo la usamos nosotros, al menos en este planeta.

—¿Cómo es lo demás? —preguntó Muhlenberg.

—¿La reproducción? Somos hembras partenogenéticas.

—¿Eres mujer? —tartamudeó Budgie.

—Por así decirlo —dijo Muhlenberg—. Cada individuo tiene ambas clases de órganos sexuales. Se autofecundan.

—Eso es... ¿cómo se dice...? Un hermafrodita —dijo Budgie—. Perdón —añadió con un hilo de voz.

Muhlenberg y la muchacha rieron a carcajadas, y la magia de esa criatura era tal que la risa no era ofensiva.

—Es algo muy diferente —dijo Muhlenberg—. Los hermafroditas, son humanos. Ella... nuestro amigo... no lo es.

—Tú eres el ser más humano que he conocido en mi vida —dijo Budgie con fervor.

La muchacha extendió la mano para tocar el brazo de Budgie. Muhlenberg sospechó que era el primer contacto físico que él o Budgie habían tenido con la criatura, y que era un gesto precioso y un gran cumplido.

—Gracias —murmuró la muchacha—. Muchas gracias por decir eso. —Le hizo una seña a Muhlenberg—. Continúa.

—Técnicamente, aunque no conozco ningún ejemplo concreto, los hermafroditas pueden tener contacto con cualquiera de ambos sexos. Pero las hembras partenogenéticas no lo hacen, no lo desean ni lo necesitan. Los humanos cruzan cepas mediante el proceso reproductivo. La partenogénesis separa totalmente los dos actos. —Miró a la muchacha—. Cuéntame, ¿con qué frecuencia os reproducís?

—Con la frecuencia que deseemos.

—¿Y la sicigia?

—Con la frecuencia necesaria. Y es ineludible.

—Y eso...

—Es difícil. En lo esencial, es igual que en los paramecios, pero infinitamente más complejo. Hay reunión e intercambio de células, pero en decenas, centenas, millares de millones de células. La unión comienza aquí. —Se apoyó la mano en el lugar correspondiente al corazón humano—. Luego se extiende. Tú lo has visto en los

cuerpos que quemé. Eres uno de los pocos seres humanos que lo ha visto.

—No llegué a verlo —le recordó él suavemente.

Ella asintió, y de nuevo hubo esa profunda tristeza.

—¡Ese homicidio fue una cosa tan estúpida, increíble, inesperada!

—¿Por qué estaban en el parque? —preguntó él, la voz llena de piedad—. ¿Por qué allí, al descubierto, donde esas alimañas humanas podían sorprenderlas?

—Corrieron el riesgo, porque era importante para ellas —dijo fatigosamente la muchacha. Alzó la cabeza, y sus ojos eran luminosos—. Amamos el aire libre. Amamos la tierra, su contacto y su olor, lo que vive de ella y en ella. Sobre todo en ese momento. Era un matorral tan profundo, un lugar tan aislado. Fue por puro accidente que esos... esos hombres las encontraron allí. No podían moverse. Estaban... bien... médicamente dirías inconscientes. En realidad, no hay mayor conciencia que la que se experimenta con la sicigia.

—¿Puedes describirla?

Ella sacudió la cabeza lentamente, y su franqueza era manifiesta.

—¿Acaso tú podrías describirme la sexualidad para que yo la entendiera? No tengo comparación, ninguna analogía. —Los miró a ambos—. Es asombroso. En algunos sentidos os envidio. Sé que es un conflicto, algo que nosotras eludimos, pues somos muy delicadas. Pero tenéis capacidad para disfrutar del conflicto, y el dolor, la desdicha, la pobreza y crueldad que padecéis, es la piedra de toque de todo lo que construís. Y construís más que nadie o nada en el universo conocido.

Budgie estaba azorada.

—¿Tú nos envidias? ¿Tú?

Ella sonrió.

—¿Crees que las cosas que admiras en mí no son comunes entre los de mi especie? Es sólo que son raras entre los humanos.

—¿Y cuál es vuestra relación con la humanidad? —preguntó Muhlenberg lentamente.

—Simbiótica, por supuesto.

—¿Simbiótica? ¿Vivís con nosotros, y nosotros con vosotros, como los microbios que digieren celulosa en una termita? ¿Como la

mariposa de la yuca, que sólo puede comer néctar del cacto de yuca, que sólo puede propagar su polen por medio de esa mariposa? Ella asintió.

—Es puramente simbiótica. Pero no es fácil de explicar. Vivimos en esa parte de los humanos que los hace diferentes de los animales.

—Y a la vez...

—La cultivamos en los humanos.

—No entiendo —dijo Budgie.

—Mirad vuestras leyendas. Allí nos mencionan con frecuencia. ¿Quiénes eran los ángeles asexuados? ¿Quién es el joven regordete y estilizado de las tarjetas del Día de los Enamorados? ¿De dónde viene la inspiración? ¿Quién conoce tres notas de la nueva sinfonía de un compositor, y silba la siguiente frase mientras pasa junto a la casa del compositor? ¿Y, lo más importante para vosotros dos, quién entiende de veras esa parte del amor humano que no es sexual, porque no podemos entender ninguna otra clase? Leed vuestra historia, y veréis dónde hemos estado. Y a cambio obtenemos las construcciones... puentes, sí, y aviones, y pronto naves espaciales. Pero también otras clases de construcción. Canciones, poemas, y esta cosa nueva, este creciente sentimiento de unidad de vuestra especie. Ahora intenta organizar las Naciones Unidas, y luego buscará las estrellas. Y allí donde construye, nosotros prosperamos.

—¿Puedes nombrar esa cosa que obtenéis de nosotros... esta cosa que es la diferencia entre los hombres y el resto de los animales?

—No, pero la llamamos sensación de logro. Cuando tenéis esa sensación, nos alimentáis más. Y tenéis esa sensación cuando otros de vuestra especie disfrutan de vuestras construcciones.

—¿Por qué os mantenéis entonces ocultas? —preguntó Budgie—. ¿Por qué? —Entrelazó las manos en el borde de la mesa—. Sois tan bellas.

—Tenemos que escondernos —murmuró la muchacha—. Todavía matáis todo lo que sea... diferente.

Muhlenberg miró ese rostro franco y encantador y sintió un malestar, ganas de llorar.

—¿Vosotros no matáis? —preguntó, y agachó la cabeza, porque parecía una defensa del aspecto destructivo de la humanidad. Y lo

era.

—Sí —dijo ella suavemente—, matamos.

—¿Podéis odiar?

—No es odio. El que odia se odia a sí mismo, además —del objeto de su odio. Hay otra emoción llamada ira justa. Eso nos impulsa a matar.

—No puedo concebir semejante cosa.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y cuarenta.

Ella se levantó del reservado y miró la esquina. Había oscurecido, y la habitual muchedumbre de jóvenes se había reunido bajo los faroles de la calle.

—Concerté una cita con otras tres personas para esta noche —dijo—. Son asesinos. Observad. —Sus ojos parecían arder.

Bajo la luz, dos jóvenes discutían. La multitud, salvo por un par de exclamaciones, había callado y empezaba a formar un círculo. Dentro del círculo, pero lejos de los dos que discutían, había un tercero, más pequeño, más robusto y, comparado con esos dos contrincantes de ropa planchada y corbata colorida, mucho más pobremente vestido, con una cazadora raída.

Todo sucedió con escalofriante celeridad. Uno de los contrincantes le pegó al otro en la boca. Escupiendo sangre, el otro se tambaleó, metió la mano en el bolsillo de la americana. La navaja parecía un ventilador dorado mientras giraba bajo los rayos de luz del farol de la calle. Sonó un grito burbujeante, un profundo gruñido animal, y dos cuerpos trémulos cayeron enredados en la acera mientras la sangre brotaba, manchando la ropa planchada y las corbatas coloridas.

A lo lejos gritó un hombre y sonó un silbato. La esquina pareció transformarse en un polo que rechazara a los humanos. La gente echó a correr, extendiéndose en rayos. Desde arriba debía parecer una gran salpicadura en el lodo, extendiéndose hasta que el círculo creciente se disolvió y las partículas se desperdigaron y desaparecieron. Sólo quedaron los cuerpos sangrantes y el tercero, el de la cazadora raída, que vacilaba sin saber adónde ir. Se oían las pisadas de dos pies, pues los demás ya se habían alejado, y esos pies pertenecían a un hombre que corría rápidamente y se acercaba soplando un silbato de policía.

El joven de la cazadora dio media vuelta y huyó, y el policía gritó, y se oyeron dos estampidos. El joven que corría alzó las manos y cayó sin mirar atrás, cayó de bruces y se quedó tieso, con las piernas abiertas.

La muchacha del suéter oscuro y los tejanos dejó de mirar afuera y se hundió en el asiento, observando las caras ceñudas que tenía enfrente.

—Ésos eran los hombres que mataron a las dos del parque —murmuró— y así es como matamos.

—Igual que nosotros —murmuró Muhlenberg. Sacó el pañuelo y se enjugó el labio superior—. Tres de ellos por dos de vosotras.

—Oh, no entiendes —dijo ella, con voz compasiva—. No fue porque mataran a esas dos. Fue porque las separaron.

Poco a poco el pasmado Muhlenberg comprendió qué quería decirle, y el espanto creció. Esta raza separaba la inseminación de la mezcla de cepas, pero también había un tercer componente, un intercambio psíquico. Había bastado un solo toque para que él disfrutara de una noche mágica y Budgie de un día encantado; horas sin conflicto, sin ambigüedades ni malentendidos.

Si un humano, con su burda combinación de funciones, podía disfrutar tanto de un leve contacto, ¿qué sucedería cuando ese tercer componente era desgarrado en su flujo más pleno y en toda su pureza? Esto era peor que cualquier delito para un humano, y aun así, mientras los humanos podían encarcelar a un hombre un año por robar un par de zapatos y sentirse en paz con su conciencia, estas personas castigaban el más cruel sacrilegio con un golpe rápido y certero. Era eliminación, no castigo. El castigo era extraño e inconcebible para esos seres.

Irguió lentamente la cara hacia los ojos calmos y francos de la muchacha.

—¿Por qué nos has mostrado todo esto?

—Me necesitabais —dijo ella simplemente.

—Pero destruiste esos cuerpos para que nadie supiera...

—Y os encontré a vosotros dos, cada cual necesitando lo que tenía el otro, y ciegos a ello. No ciegos. Recuerdo que dijiste que si alguna vez pudieras compartir algo, lograrías la intimidad. —Ella

rió—. ¿Recuerdas tu nicho, el que nunca se llena con exactitud una vez que lo terminas? Entonces te dije que no sería suficiente aunque se llenara, pero que todo lo demás no alcanzaría sin eso. Y tú... — Le sonrió a Budgie—. Nunca ocultaste lo que querías. Y aquí estabais los dos, cada cual tomando lo que ya tenía, e ignorando lo que necesitaba.

—¡Titular! —dijo Budgie—. ¡Cosas compartidas en alza!

—¡Subtítulo! —sonrió Muhlenberg—. ¡Hombre con nicho encuentra chica con capricho!

La muchacha se marchó del reservado.

—Os irá bien —dijo.

—¡Espera! ¡No pensarás dejarnos! ¿Nunca te veremos de nuevo?

—No a sabiendas. No me recordaréis a mí, ni nada de esto.

—¿Cómo puedes... borrar...?

—Cállate, Muley. Sabes que puede.

—Sí, supongo que... Espera... un momento. Nos das estos conocimientos para que entendamos, y luego nos los arrebatas. ¿De qué nos servirá?

La muchacha se volvió hacia ellos. Quizá fuera porque ambos estaban sentados y ella estaba de pie, pero parecía erguirse a gran altura. Por una fracción de segundo, él tuvo la sensación de estar viendo una inmensa luz sobre una montaña.

—Pobrecillos... ¿no lo sabéis? El conocimiento y el entendimiento no funcionan como puntales mutuos. El conocimiento es una pila de ladrillos, y el entendimiento es un modo de construir. ¡Construid para mí!

Estaban en un tugurio llamado
Shank's.

Después de la triple muerte, y la loca carrera para comunicar la noticia por teléfono, regresaron a casa.

—Muley —preguntó Budgie de golpe—, ¿qué es la sicigia?

—¿Por qué me preguntas semejante cosa?

—Se me ocurrió de repente. ¿Qué es?

—Es un contacto no sexual entre los núcleos de dos animales.

—Nunca intenté eso —dijo ella pensativamente.

—Bien, no lo intentes hasta que nos casemos —dijo él. Se

tomaron de la mano mientras caminaban.

UN PLATILLO DE SOLEDAD

Theodore Sturgeon

Si está muerta, pensé, jamás la encontraré en esta blanca riada de luz lunar sobre el mar blanco, con el oleaje que va y viene sobre la pálida, pálida arena como un gran champú. Casi siempre, los suicidas que se clavan un cuchillo o se pegan un tiro en el corazón toman la precaución de desnudarse el pecho; el mismo extraño impulso hace que, por lo general, los que se suicidan en el mar vayan desnudos.

Un poco más temprano, pensé, o más tarde, y proyectarían sombras las dunas y la espasmódica respiración de la espuma. Ahora la única sombra real era la mía, una cosa pequeña allí debajo, pero suficientemente negra como para alimentar la negrura de la sombra de un zepelín.

Un poco antes, pensé, y podría haberla visto caminar arrastrando los pies por la orilla plateada, buscando un sitio bastante solitario donde morir. Un poco después y mis piernas se rebelarían contra ese trote difícil por la arena, la exasperante arena que no podía sostener y no estaba dispuesta a ayudar a un hombre con prisa.

Mis piernas cedieron entonces y me arrodillé de pronto, sollozando: no por ella, todavía, sino por el aire. Había tantas corrientes: viento, y espuma enredada, y colores sobre colores y tonos de colores que no eran colores sino variaciones de blanco y plateado. Si una luz como aquélla fuera sonido, sonaría como el mar en la arena, y si mis oídos fueran ojos, verían esa luz.

Me quedé allí en cuclillas, jadeando en medio del remolino, y entonces me golpeó el agua, una ola rápida y poco profunda, que al tocarme las rodillas saltó y giró como pétalos de flor, mojándome

hasta la cintura. Apreté los ojos con los nudillos para que se abrieran de nuevo. Tenía en los labios el mar con el sabor de las lágrimas, y toda la noche blanca gritaba y lloraba en voz alta.

Los hombros blancos de ella eran una curva más alta entre los montículos de espuma. Debió de sentirme —quizá grité—, porque se volvió y me vio y la cara se le crispó y soltó un desgarrador aullido de desesperación y de furia, y entonces se arrojó al mar y se hundió.

Me quité los zapatos y corrí hacia las olas, gritando, buscando, tratando de aferrar destellos de blanco que entre mis dedos se convertían en frío y sal. Me zambullí delante de ella y su cuerpo me golpeó un costado mientras una ola me azotaba la cara y nos revolcaba a los dos. Boqueé dentro del agua sólida, abrí los ojos debajo de la superficie y vi una luna deforme, blanco verdosa, que pasaba volando mientras yo giraba. Entonces, debajo de mis pies volvió a haber arena como una ventosa, y tenía la mano izquierda enredada en el pelo de la mujer.

La ola que se retiraba la remolcó, y por un momento se me escapó de la mano como el vapor de una sirena. En ese momento tenía la certeza de que estaba muerta, pero en cuanto quedó sobre la arena hizo un esfuerzo y se levantó.

Me golpeó en la oreja, un golpe húmedo, duro, y un dolor agudo me perforó la cabeza. La mujer tiró alejándose de mí, y todo el tiempo mi mano estuvo enganchada en su pelo. No podría haberla soltado aunque quisiera. Se volvió hacia mí con la siguiente ola, y me aporreó y trató de clavarme las uñas, y nos hundimos más en el agua.

—¡No... no... no sé nadar! —grité, y ella me arañó más.

—Déjame en paz —gritó—. Dios mío, ¡por qué (dijeron las uñas) *no puedes... dejarme* (dijeron las uñas) *en paz!* (dijo el puño duro y pequeño).

Así que le bajé la cabeza hasta el hombro blanco; y con el canto de la mano libre la golpeé dos veces en el cuello. Volvió a flotar y la llevé hasta la orilla.

La llevé hasta donde una duna se interponía entre nosotros y la ancha y ruidosa lengua del mar y el viento quedaba en algún sitio

por encima de nosotros. Pero seguía habiendo la misma luz. Le froté las muñecas y le acaricié la cara y dije «Tranquila», y «Todo está bien» y palabras que solía usar para un sueño que había tenido mucho mucho antes de saber de la existencia de ella.

La mujer estaba inmóvil, boca arriba, con la respiración silbándole entre los dientes, con los labios esbozando una sonrisa que los ojos fruncidos y apretados convertían no en sonrisa sino en tortura. Estuvo bien y consciente durante mucho rato mientras seguía respirando entre dientes y con los ojos cerrados y apretados.

—¿Por qué no pudiste dejarme en paz? —preguntó al fin. Abrió los ojos y me miró. Tenía tanto sufrimiento que no le quedaba sitio para el miedo. Volvió a cerrar los ojos y dijo—: Sabes quién soy.

—Lo sé —dije.

Se echó a llorar.

Esperé, y cuando dejó de llorar había sombras entre las dunas. Un largo rato.

—No sabes quién soy —dijo—. Nadie sabe quién soy.

—Estaba en los periódicos —dije.

—¡Eso! —Abrió despacio los ojos y su mirada recorrió mi cara, mis hombros, se detuvo en mi boca, me tocó un fugaz instante los ojos. Hizo una mueca y apartó la mirada—. Nadie sabe quién soy.

Esperé a que se moviese o dijese algo.

—*Cuéntamelo* —dije al fin.

—¿Quién eres tú? —preguntó ella, todavía mirando para otro lado.

—Alguien que...

—Te escucho.

—Ahora no —dijo—. Quizá más tarde.

La mujer se incorporó y trató de ocultarse.

—¿Dónde están mis ropas?

—Yo no las vi.

—Ah —dijo ella—. Ya recuerdo. Me las saqué y les eché arena encima, donde las taparía una duna, donde las escondería como si nunca hubieran existido... Odio la arena. Quería ahogarme en la arena, pero no me dejaba... ¡No debes mirarme! —La mujer miró a un lado y a otro, buscando—. ¡No puedo quedarme así en este sitio!

¿Qué puedo hacer? ¿Adónde puedo ir?

—Vamos —dije.

La mujer dejó que la ayudara y después apartó con violencia la mano.

—No me toques —dijo, volviendo apenas la cabeza—. No te me acerques.

—Vamos —dije de nuevo, y caminé por la duna que se curvaba bajo la luz lunar, se inclinaba hacia el viento y bajaba hasta convertirse no en duna sino en playa—. Vamos.

Señalé detrás de la duna.

Al fin me siguió. Miró por encima de la duna donde le llegaba al pecho, y de nuevo donde le llegaba a la rodilla.

—¿Allí? Asentí.

—Está tan oscuro... —Atravesó la duna y se metió en la profunda oscuridad de aquellas sombras lunares. Avanzó con cautela, buscando con los pies, hasta donde la duna era más alta. Se hundió en la oscuridad y desapareció. Me senté en la arena, a la luz—. No te me acerques —escupió.

Me levanté y retrocedí. Invisible en aquellas sombras, dijo:

—No te vayas.

Esperé, y entonces vi que su mano asomaba saliendo de las nítidas sombras.

—Allí —dijo—, allí. En la oscuridad. Quiero que seas... No te me acerques... Quiero que seas... una voz.

Hice lo que me pedía y me senté en las sombras quizá a unos dos metros de ella.

Me lo contó. No de la manera en que aparecía en los periódicos.

Tenía quizá diecisiete años cuando ocurrió. Estaba en el Parque Central de Nueva York. Hacía demasiado calor para un día de comienzos de primavera, y las laderas castañas tenían una capa de verde de exactamente la misma consistencia que la escarcha de aquella mañana en las piedras. Pero la escarcha había desaparecido y la hierba era valiente y había tentado a cientos de pares de pies para que dejaran el asfalto y el cemento y fueran a pisarla.

Entre ellos estaban los de la mujer. El suelo fértil fue una sorpresa para esos pies, lo mismo que el aire para los pulmones. Sus

pies, mientras caminaban, dejaron de ser zapatos, y su cuerpo tuvo conciencia de ser más que ropa. Era el único tipo de día que puede lograr que alguien criado en la ciudad levante la mirada. Ella lo hizo.

Por un momento se sintió separada de la vida que vivía, en la que no había fragancia, en la que no había silencio, en la que nada encajaba de verdad y en la que nada se satisfacía. En ese momento la ordenada desaprobación de los edificios que rodeaban el pálido parque no podía alcanzarla; durante dos, tres limpias bocanadas de aire no le importó que todo el ancho mundo perteneciese a imágenes proyectadas en una pantalla; a diosas delicadamente acicaladas en aquellas torres de acero y cristal; que perteneciese, en resumen, siempre, siempre, a algún otro.

Así que levantó la mirada, y allí, encima de ella, estaba el platillo.

Era hermoso. Dorado, con una terminación mate como una uva de Concord verde. Producía un sonido apenas audible, un acorde compuesto por dos tonos y un silbido apagado como el viento en el trigo maduro. Iba a un lado y a otro como una golondrina, planeando, ascendiendo y bajando. Daba vueltas, brillando, se elevaba y descendía como un pez. Era como todas esas cosas vivas, pero además de esa belleza tenía todo el encanto de las cosas torneadas y bruñidas, medidas, mecánicas, métricas.

Al principio no sintió ningún asombro, pues aquello era tan diferente de todo lo que había visto antes que tenía que ser una ilusión óptica, una falsa evaluación de tamaño y velocidad y distancia que en un momento se resolvería como reflejo en un avión o el persistente resplandor de un soplete de soldar.

Apartó la mirada y de repente se dio cuenta de que muchas otras personas lo veían, de que también veían *algo*. La gente, a su alrededor, había dejado de moverse y de hablar y estiraba el cuello hacia arriba. Alrededor de ella había un globo de silencioso asombro, y fuera de él sentía el ruido de la vida de la ciudad, el gigante de respiración pesada que nunca inhala.

Volvió a mirar hacia arriba y por fin empezó a darse cuenta de lo grande que era y de lo lejos que estaba el platillo. No: de lo pequeño que era y de lo cerca que estaba. Era exactamente del tamaño del círculo más grande que podía trazar con las dos manos,

y flotaba a menos de cincuenta centímetros de su cabeza.

Entonces llegó el miedo. Retrocedió y levantó un antebrazo, pero el platillo seguía allí flotando. Se inclinó de lado, torció el cuerpo, saltó hacia adelante, miró hacia atrás y hacia arriba para ver si se había librado de él. Al principio no pudo verlo; después, al mirar más hacia arriba, lo encontró, cerca y reluciente, vibrando y canturreando, exactamente encima de la cabeza.

Se mordió la lengua.

Por el rabillo del ojo vio que un hombre se persignaba. Lo *hizo porque me vio aquí con una aureola sobre la cabeza*, pensó. Y eso fue lo más importante que le había ocurrido en toda la vida. Nadie la había mirado y hecho un gesto de respeto, nunca, jamás. Debido al terror, al pánico y al asombro, el consuelo de ese pensamiento se le metió en la cabeza y quedó allí, para sacarlo y mirarlo de nuevo en momentos de soledad.

Pero lo más fuerte ahora era el terror. Retrocedió, mirando hacia arriba, ensayando un ridículo paso de baile. Podría haber chocado con alguien. Había muchas personas conteniendo el aliento y estirando el pescuezo, pero no tocó a nadie. Dio varias vueltas y descubrió, horrorizada, que era el centro de una multitud opresiva que señalaba algo. El mosaico de ojos miraba desorbitado y el círculo interior usaba sus muchas piernas para empujar alejándose de ella.

La suave nota del platillo se volvió más grave. El objeto se inclinó, bajó dos o tres centímetros.

Alguien gritó, y la gente se alejó en todas direcciones, se arremolinó y volvió a calmarse en un nuevo equilibrio dinámico, un anillo mucho más grande a medida que más y más personas corrían a engrosarlo contra los esfuerzos del círculo interior para escapar.

El platillo zumbó y se inclinó...

La mujer abrió la boca para gritar, cayó de rodillas y el platillo la golpeó.

Le cayó sobre la frente y quedó allí pegado. Casi pareció que la levantaba. La mujer se irguió de rodillas, hizo un esfuerzo por llegar a aquello con las manos y entonces se le agarrotaron los brazos. Durante quizá un segundo el platillo la mantuvo rígida, entonces le

envió un temblor extático por todo el cuerpo y la soltó. La mujer cayó al suelo, golpeando dolorosamente los muslos contra los tacones y los tobillos.

El platillo cayó a su lado, rodó una vez sobre el borde describiendo un pequeño círculo y se detuvo. Quedó allí quieto y apagado y metálico, diferente y muerto.

La muchacha se quedó allí tendida, mirando vagamente el azul grisáceo del buen cielo de primavera, y vagamente oyó unos silbatos.

Y algunos gritos tardíos.

Y una voz potente y estúpida gritando «¡Aire, necesita aire!», lo que hizo que todo el mundo se acercara más.

Entonces no quedó mucho cielo a causa de la mole vestida de azul con los botones metálicos y la libreta de cuero sintético.

—Bueno, bueno, ¿qué pasó aquí? Todos atrás, por favor.

Y las oleadas cada vez más amplias de observación, interpretación y comentario: «La derribó». «Alguien la derribó». «Alguien la derribó y...». «A plena luz del día...». «El parque va a tener que ser...», etcétera, etcétera: la adulteración del hecho hasta que se perdió del todo, porque la excitación es mucho más importante.

Alguien con un hombro más duro que el resto, y también con una libreta en la mano, se abrió paso con ojo de testigo, dispuesto a cambiar «... una morena bonita...» por «una morena atractiva» para las ediciones vespertinas, pues «atractiva» es lo menos que puede ser una mujer si es víctima en las noticias.

La placa brillante y la cara rubicunda se inclinaron sobre ella:

—¿Estás muy herida, hermana?

Y los ecos que se fueron perdiendo entre la multitud: Muy herida, muy herida, herida muy grave, la molió a palos, a plena luz del día...

Y otro hombre más, delgado y resuelto, gabardina de color habano, mentón partido y una sombra de barba:

—¿Así que un platillo volador? Muy bien, agente, yo me hago cargo.

—¿Y quién demonios es usted para hacerse cargo? El destello de

una cartera de cuero marrón, una cara tan cerca por detrás que la barbilla se apretó contra el hombro de la gabardina. La cara dijo, con temor: «FBI» y los ecos de aquello también se fueron alejando. El policía asintió: todo el policía se inclinó en un solo cabeceo genuflexo.

—Busque ayuda y despeje esta zona —dijo la gabardina.

—¡Sí, señor! —dijo el policía.

«FBI, FBI FBI FBI», murmuró la multitud, y encima de la mujer hubo más cielo para mirar.

Se incorporó y había gloria en su cara.

—El platillo me habló —cantó la mujer.

—Cállese —dijo la gabardina—. Ya tendrá oportunidad de hablar.

—Sí, hermana —dijo el policía—. Dios mío, este gentío podría estar lleno de comunistas.

—Cállese usted también —dijo la gabardina.

Alguien entre la multitud dijo a algún otro que un comunista había golpeado a esa muchacha, mientras que otro hizo correr la voz que la muchacha había sido golpeada porque era comunista.

Empezó a levantarse, pero unas manos solícitas la obligaron a sentarse de nuevo. Ya había treinta policías en el lugar.

—Puedo caminar —dijo ella.

—Tómeselo con calma —le dijeron.

Colocaron una camilla a su lado y la pusieron a ella encima y la taparon con una manta grande.

—Puedo caminar —dijo mientras la llevaban entre la multitud.

Una mujer se puso pálida y volvió la cabeza.

—¡Ay, qué horrible!

Un hombre pequeño, con ojos redondos, la miraba y miraba sin sacarle los ojos de encima, relamiéndose.

La ambulancia. La metieron dentro. La gabardina ya estaba allí.

Un hombre de chaqueta blanca con las manos muy limpias:

—¿Cómo ocurrió, señorita?

—Está prohibido hacer preguntas —dijo la gabardina—. Seguridad.

El hospital.

—Tengo que volver a trabajar —dijo la muchacha.

—Quítese la ropa —le dijeron.

Entonces, por primera vez en su vida, tuvo un dormitorio para ella. Cada vez que se abría la puerta, veía a un policía afuera. Se abría muy a menudo para dejar pasar al tipo de civiles que eran muy amables con los militares y al tipo de militares que eran aún más amables con ciertos civiles. No sabía qué hacían ni qué querían. Cada día le hacían cuatro millones quinientas mil preguntas. Aparentemente nunca hablaban entre ellos, porque cada uno le hacía las mismas preguntas una y otra vez.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué edad tiene?

—¿Dónde nació?

A veces la ponían en extraños aprietos con las preguntas.

—Su tío. Se casó con una mujer de Europa Central, ¿verdad?
¿De qué sitio de Europa Central?

—¿A qué clubes o a qué organizaciones fraternales perteneció?
¡Ah! Hablando de aquella banda de estafadores de la calle Sesenta y tres, ¿quién estaba *realmente* detrás?

Una y otra vez:

—¿Qué quiso decir cuando dijo que el platillo le había hablado?

Y ella decía:

—Me habló.

Y ellos decían:

—Y dijo...

Ella negaba con la cabeza.

Había muchos que gritaban y después muchos que eran amables. Nadie había sido nunca tan amable con ella, pero pronto comprendió que nadie estaba siendo amable con *ella*. Lo que hacían era tratar de que se relajara, que pensara en otras cosas, para poder dispararle de pronto la pregunta: «¿Qué quiere decir con eso de que le habló?».

Pronto fue como mamá o como la escuela o como cualquier otro sitio, y se quedaba con la boca cerrada y los dejaba gritar. Una vez la sentaron durante horas y horas en una silla dura con una luz delante de los ojos y no le dieron nada de beber. En su casa había

un tragaluz sobre la puerta del dormitorio y su madre solía dejar la luz de la cocina encendida toda la noche, todas las noches, para que no tuviese miedo. La luz no le molestaba nada.

La sacaron del hospital y la metieron en la cárcel. En algunos sentidos eso era bueno. La comida. La cama también estaba bien. Por la ventana veía a muchas mujer haciendo ejercicio en el patio. Le explicaron que ellas tenían camas mucho más duras.

—Aunque le parezca mentira, usted es una joven muy importante.

Al principio eso fue agradable, pero como siempre resultó que no lo decían de verdad. Siguieron trabajando con ella. Una vez le llevaron el platillo. Estaba dentro de una enorme caja de madera con candado y ésta metida a su vez en una caja de acero con cerradura Yale. El platillo sólo pesaba un kilo, pero cuando terminaron de empaquetarlo hicieron falta dos hombres para llevarlo y cuatro hombres con armas para custodiarlos.

Le hicieron representar toda la escena de cómo había ocurrido, mientras unos soldados sostenían el platillo sobre su cabeza. No fue lo mismo. Habían hecho muchas muescas y sacado muchos pedazos del platillo, y además tenía aquel color gris apagado. Le preguntaron si sabía algo, y por una vez les contó.

—Ahora está vacío —dijo.

Con la única persona que hablaba era con un hombre pequeño y barrigón que la primera vez que estuvo solo con ella le dijo:

—Mira, me da asco ver cómo te han tratado. Pero quiero que entiendas que yo tengo que hacer mi trabajo. Mi trabajo consiste en descubrir *por qué* no les cuentas lo que dijo el platillo. Yo no quiero saber qué dijo, y jamás te lo preguntaré. Ni siquiera quiero que me lo cuentes. Averigüemos, nada más, por qué guardas ese secreto.

Averiguarlo llevó horas de conversación sobre una neumonía que había tenido y la maceta que había hecho en segundo grado y que su madre había arrojado por la escalera de incendios y cómo la habían dejado en la escuela y el sueño de tener una copa de vino entre las manos y mirar por encima a un hombre.

Y un día, tal como le vino a la cabeza, le explicó por qué no quería contar nada acerca del platillo:

—Porque habló *conmigo*, y eso a nadie más le incumbe.

Hasta le contó lo del hombre que se había persignado aquel día.

Era la única otra cosa propia que tenía.

El hombre era agradable. Fue el que le advirtió sobre el juicio.

—No me corresponde decirte esto, pero te van a dar un tratamiento completo, juez y jurado y todo lo demás. Mi consejo es que digas lo que quieras, nada más y nada menos. Y no dejes que te saquen de juicio. Tienes derecho a ser dueña de algo.

Se levantó, soltó un juramento y se fue.

Primero vino un hombre y durante un largo rato le explicó cómo podrían atacar la tierra desde el espacio sideral, seres mucho más fuertes y listos que nosotros, y quizá ella tenía la clave para la defensa. De manera que había contraído esa deuda con el mundo entero. Y aunque no atacasen la tierra, pensemos en la ventaja que ella podría dar a ese país sobre los enemigos. Después le apuntó con un dedo y dijo que lo que ella hacía equivalía a trabajar *para* los enemigos de su país. Y resultó que ese hombre era quien la iba a defender en el juicio.

El jurado la declaró culpable de desacato al tribunal y el juez recitó una larga lista de castigos que podía aplicarle. Le aplicó uno y lo suspendió. La volvieron a meter otro tiempo en la cárcel, y un buen día la soltaron.

Al principio fue maravilloso. Consiguió un trabajo en un restaurante y una habitación amueblada. Había aparecido tanto en los periódicos que su madre no la quería en casa. Su madre estaba borracha casi todo el tiempo y a veces le daba por romper todo el barrio, pero igual tenía ideas muy especiales sobre la decencia, y aparecer todo el tiempo en los diarios por espionaje no era lo que ella consideraba ser respetable. Así que puso su nombre de soltera en el buzón y pidió a su hija que no volviese nunca más a vivir con ella.

En el restaurante conoció a un hombre que la invitó a salir. La primera vez que le ocurría. Gastó todo lo que tenía en comprar un bolso rojo haciendo juego con los zapatos. No eran del mismo tono, pero todo era rojo. Fueron al cine y después él no trató de besarla ni nada parecido, sino que trató de averiguar qué le había dicho el platillo volador. Ella no contó nada. Volvió a casa y lloró toda la noche.

Después unos hombres se sentaron en un reservado y se pusieron a hablar, y cada vez que ella pasaba cerca callaban y la fulminaban con la mirada. Hablaron con el jefe, y el jefe se acercó y le contó que eran ingenieros electrónicos que trabajaban para el gobierno y tenían miedo de hablar del trabajo mientras ella anduviese por allí: ¿acaso no era una especie de espía? La echaron.

Una vez vio su nombre en una máquina tocadiscos. Metió una moneda y tecleó aquel número, y la canción decía «el platillo volador bajó un día y le enseñó una nueva manera de tocar que no explicaré, pero ella me llevó fuera de este mundo». Y mientras la escuchaba, alguien del lugar la reconoció y la llamó por su nombre. Cuatro de ellos la siguieron hasta su casa y tuvo que trancar la puerta.

A veces estaba bien durante meses seguidos, y entonces alguien la invitaba a salir. Tres de cada cinco veces los siguieron a ella y al que la había invitado. Una vez el hombre que estaba con ella arrestó al hombre que iba detrás. Dos veces el hombre que iba detrás arrestó al hombre que estaba con ella. Cinco de cada cinco veces trataban de sacarle información sobre el platillo volador. A veces salía con alguien y fingía que era una cita verdadera, pero no lo hacía bien.

Así que se mudó a la costa y consiguió un puesto de limpiadora nocturna de oficinas y tiendas. No había muchos sitios que limpiar, pero eso también significaba que había menos personas que recordaran su cara de los periódicos. Como un reloj, cada dieciocho meses algún periodista volvía a sacar toda la historia en una revista o en un suplemento dominical; y cada vez que alguien veía un faro en una montaña o una luz en un globo sonda, tenía que ser un platillo volador, y tenía que haber chistes trillados sobre la voluntad del platillo volador de contar secretos. Entonces, por dos o tres semanas, ella no salía a la calle durante el día.

Una vez pensó que lo había conseguido. La gente no la quería, así que empezó a leer. Durante un tiempo las novelas estuvieron muy bien, hasta que descubrió que la mayoría eran como las películas: sobre la gente guapa que es la verdadera dueña del mundo. De modo que aprendió cosas: sobre los animales, los

árboles. Una asquerosa ardilla atrapada en el alambre de una cerca la mordió. Los animales no la querían. A los árboles no les importaba.

Entonces se le ocurrió la idea de las botellas. Reunió todas las que pudo y escribió en papeles y los metió dentro y las tapó con el corcho. Recorría a pie kilómetros de playa arrojando las botellas lo más lejos posible. Sabía que si la persona apropiada encontraba una, daría a esa persona la única cosa en el mundo que le ayudaría. Esas botellas la sostuvieron durante tres años continuos. Todo el mundo tiene que hacer algo en secreto.

Y por fin llegó el momento en el que eso dejó de servir. Uno puede seguir tratando de ayudar a alguien que *quizá* existe; pero pronto se deja de fingir que existe esa persona. Y eso es todo. El fin.

—¿Tienes frío? —pregunté cuando terminó de contarme.

Las olas eran más tranquilas y las sombras más largas.

—No —respondió ella desde las sombras. De repente dijo—: ¿Crees que estaba furiosa contigo porque me viste sin ropa?

—¿Por qué no habrías de estarlo?

—¿Sabes una cosa? No me importa. No hubiera querido... No hubiera querido queirme vieras ni siquiera con vestido de baile o con una túnica. Es imposible cubrir mi esqueleto. Se nota; está allí hagas lo que hagas. No quería que me vieras. En absoluto.

—¿Yo o cualquiera?

La muchacha vaciló.

—Tú.

Me levanté y me estiré y caminé un poco, pensando.

—El FBI ¿no intentó impedirte que tiraras esas botellas?

—Sí, claro. Gastaron no sé cuánto dinero de los contribuyentes recorriéndolas. Todavía hacen alguna inspección de vez en cuando. Pero se están cansando. Todos los mensajes de las botellas dicen lo mismo.

Se echó a reír. No sabía que pudiese hacerlo.

—¿De qué te ríes?

—De todos: los jueces, los carceleros, las máquinas tocadiscos, la gente. ¿Sabes que no me habría ahorrado ningún problema si les hubiera contado todo al principio?

—¿No?

—No. No me habrían creído. Lo que querían era una nueva arma. Ciencia superior de una raza superior para destruir a esa raza superior si tenían la oportunidad o la nuestra si no la tenían. Todos esos cerebros —musitó, con más asombro que desdén—, todas esas medallas. Piensan «raza superior» y asocian eso con «ciencia superior». ¿Acaso no se les ocurre que una raza superior también tiene sentimientos superiores, tal vez risa superior o hambre superior? —Hizo una pausa—. ¿No es hora de que me preguntes qué dijo el platillo?

—Te lo diré —mascullé.

Hay en ciertas almas vivas
una atroz forma de soledad,
tan grande que debe ser compartida
como la compañía que comparten los seres inferiores.
Esa soledad es mía, y quiero que con esto sepas
que en la inmensidad
hay alguien más solo que tú.

—Santo Dios —dijo ella, con fervor, y se echó a llorar—. ¿Y a quién está dirigido?

—*A la persona más sola...*

—¿Cómo lo sabías? —susurró la muchacha.

—¿Acaso no fue lo que pusiste en las botellas?

—Sí —dijo ella—. Cuando la situación se vuelve insoportable, cuando a nadie le importas ni le importaste nunca... tiras una botella al mar y con ella se va una parte de tu soledad. Te sientas y piensas que alguien, en alguna parte, la encontrará... y que por primera vez descubrirá que es posible comprender la peor cosa que existe.

La luna se estaba poniendo y las olas habían callado. Miramos hacia arriba, hacia las estrellas.

—No sabemos lo que es la soledad. La gente pensó que era un platillo, pero no lo era. Era una botella con un mensaje dentro. Tuvo que cruzar un océano más grande, todo el espacio, sin muchas probabilidades de encontrar a alguien. ¿Soledad? Nosotros no conocemos la soledad.

Cuando pude le pregunté por qué había tratado de matarse.

—Lo que me dijo el platillo —explicó— me ayudó. Quería... retribuirle el favor. Estaba lo bastante mal como para recibir ayuda; quería saber si estaba lo bastante bien como para ayudar. ¿Nadie me quiere? Perfecto. Pero no me digas que nadie, en ninguna parte, quiere mi ayuda. Eso no lo puedo soportar.

Respiré hondo.

—Encontré una de tus botellas hace dos años. Desde entonces te he estado buscando. Cartas de mareas, tablas de corrientes, mapas y... mucho caminar. Aquí oí hablar de ti y de las botellas. Alguien me dijo que habías dejado de hacerlo, que ahora te daba por salir a caminar por las dunas de noche. Yo sabía por qué. Corrí hasta aquí.

Necesitaba aspirar otra vez.

—Tengo un pie deforme. Pienso bien, pero las palabras no me salen de la boca como están en mi cabeza. Tengo esta nariz. Jamás tuve relación con una mujer. Nunca me quisieron contratar para trabajos donde tuvieran que mirarme. Tú eres hermosa —dije—. Tú eres hermosa.

La muchacha no dijo nada, pero fue como si saliera de ella una luz, más luz y menos sombra que las que podría proyectar la experta luna. Entre las muchas cosas que eso significaba era que hasta la soledad tiene un límite para quienes están suficientemente solos durante suficiente tiempo.

FIN